

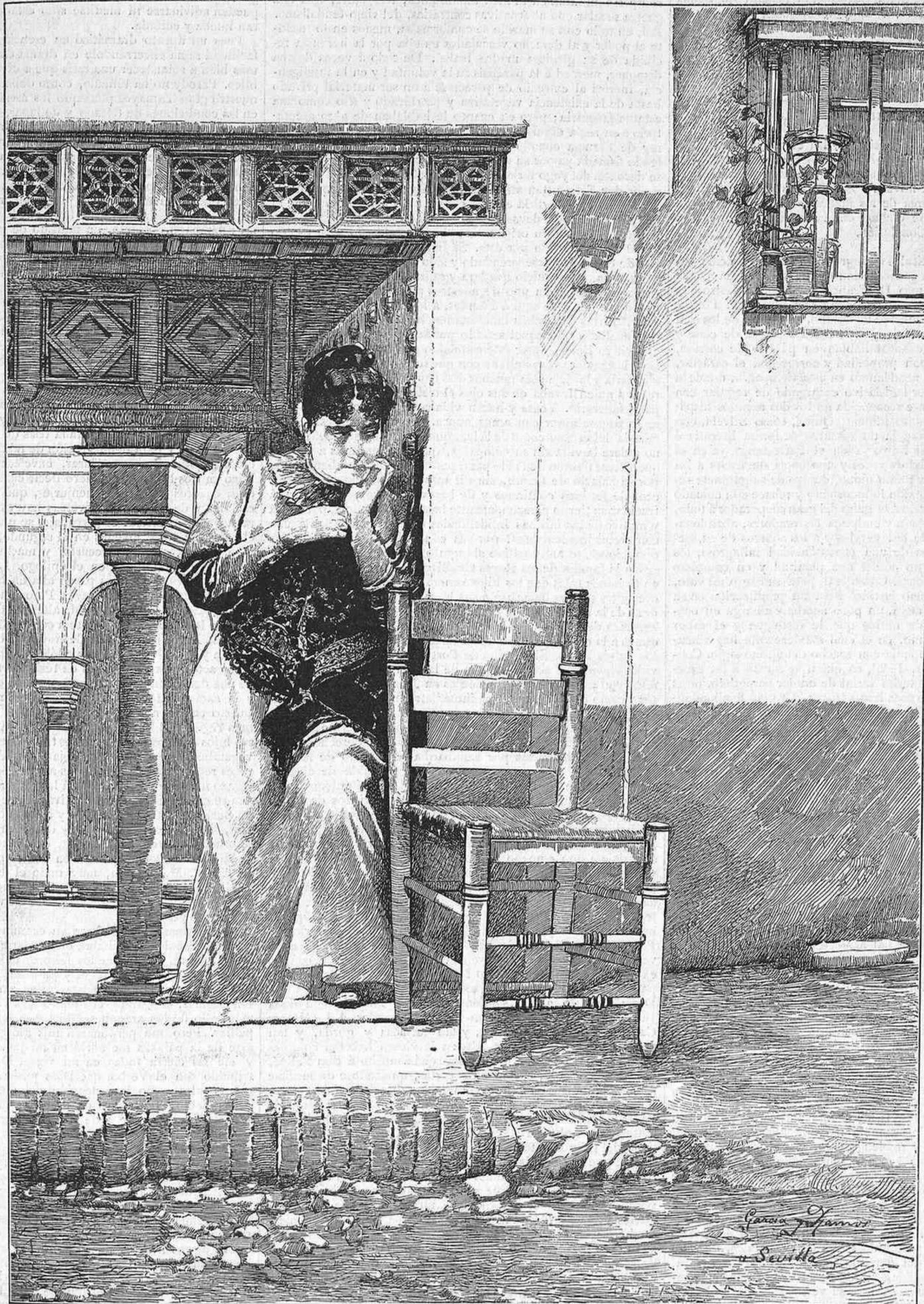
# La Ilustración Artística



AÑO XII

← BARCELONA 12 DE JUNIO DE 1893 →

NÚM. 598



¡SI NO VENDRÁ!., dibujo original de J. García Ramos

García Ramos  
Sevilla

# SUMARIO

**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La ciudad de Chicago*, por M. A. S. - *Temor póstumo*, por S. López Guijarro. - *El pozo de la verdad. Cuento*, por Luis M. de Larra. - *Miscelánea.* - *Nuestros grabados.* - *Anie* (continuación), novela por Héctor Malot, con ilustraciones de Emilio Bayard. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Los dahomeyanos en el Campo de Marte, de París.* - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** - *¡Si no vendrá!...*, dibujo original de J. García Ramos. - Cinco grabados correspondientes al artículo titulado *La ciudad de Chicago.* - *Reconocimiento de un vado*; *¡Alto!...*; *Paso de un río*, cuadros de José Cusachs (Exposición París). - *¡Adiós!*, cuadro de Ernesto W. Appleby. - *¡Abandonad!*, cuadro de G. Tyrann. - *Los defensores de Zaragoza* (1809), cuadro de Mauricio Orange (Salón de los Campos Elíseos, París, 1893). - *La fiesta en casa de los abuelos*, cuadro de Hugo Salmson (Exposición del Campo de Marte, París). - *La calle de Alcalá después de una corrida de toros*, cuadro de Francisco Maura (Exposición general de Bellas Artes de 1892). - Figuras 1, 2, 3 y 4. Mujeres, músicos y feticheros dahomeyanos (de fotografía). - Una máquina de pintar en la Exposición de Chicago.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Silvela en la Academia Española. - En el teatro francés un fragmento de Historia de España. - Errores históricos del autor Parody. - Flaquezas literarias. - Tendencias del drama contemporáneo a ser novela. - Los felibres de Montpellier. - Observaciones acerca de los juegos florales. - El regionalismo. - Otra ópera de Wagner en la Academia Nacional de Música Francesa. - Conclusión.

Nadie con mayores títulos de ingreso en la Corporación encargada de velar por la conservación de nuestra lengua patria como el buen amigo mío D. Francisco Silvela, maestro con pluma y palabra en las artes del buen decir castellano. Porque yo al gremio haya pertenecido un tiempo, al gremio de los oradores, no tomará la malicia por vanidad ó ufanía de clase y profesión el atribuir á cuantos hablan en público de corrido, aunque sea de coro, con propiedad y corrección, el carácter, por derecho propio, de académicos en esta Compañía, donde la nación deposita el poder legislativo encargado de regular con autoridad universalmente reconocida en los dos mundos hispánicos nuestro hermosísimo idioma. Quien, como Silvela, con maestría soberana pronuncia un discurso de forma literaria é ilación lógica, ya en el Foro, ya en el Parlamento, ya en el Ateneo, posee un caudal de voces y una copia de frases á las cuales no puede poner pleito quien, dentro de su gabinete recluso, corrige con reflexión lo incorrecto y rehace con cuidado lo mal hecho, disponiendo á su guisa del gran cooperador á todo, del tiempo, quien apremia y embarga los oradores, abandonados á la electricidad de sus nervios y á los ahorros de su memoria y á los recursos de una espontaneidad milagrosa, los cuales marraríanle de no poseer con plenitud y en completo dominio el Verbo nacional. Como le di para su cargo mi voto, huélgome diciendo como justificó ilesa mi predilección en su discurso, lleno de sal ática, un poco acerba y amarga en ocasiones por la índole de crítico que le distingue y el sabor volteriano de su ingenio, en el cual atávicamente hay vinculado algo de la Enciclopedia con mucho del último siglo. Contestóle mi amigo el Sr. Pidal, en quien se suman á las excelentes cualidades y aptitudes varias de orador verdadero, otras no menos eximias de verdadero escritor. La grande abundancia de su frase y la riqueza ó esplendor de su estilo no empecen, por lo que voy viendo, á la concentración del pensamiento en su rotunda prosa. Pero el discurso suyo, más bien que de recepción, fué un discurso de vejamen. Encerrándolos en flores muy fragantes, díjole al recién llegado conceptos un tanto discordes con el acto cumplido y con la ceremonia celebrada. Silvela pudo recitarle aquella célebre frase de Narciso Serra: «Te he traído de hombre bueno y me has salido hombre malo.» El jubileo literario, establecido ya por una costumbre tradicional en las recepciones académicas, deberá ser siempre jubiloso. No hay para qué decir sino aquello conducente á loa del admitido. Silvela recibió las flechas con la regocijada conformidad de un San Sebastián del Renacimiento, que se diría recibe confites en lugar de dardos. Bien es verdad que, para conformidades forzosas con las desapacibles censuras, no hay como los políticos. Pielés rojas llamamos á ciertos indios; pieles duras deben llamarnos á nosotros los estadistas. Como quien toma por mucho tiempo el arsénico en dosis acaba tragándose á libras, quien pasa por la crítica del enemigo á diario se queda interiormente tan invulnerable como Aquiles después de haberse bañado en la Estipa sin talón siquiera. Y puesto que á mi cofrade nada le incomodaron las frases de Pidal, no seamos nosotros más realistas que el rey ni más papistas que el Papa.

La lengua española nos lleva, como por un lógico y natural desarrollo, á la historia española. Uno de sus incidentes más trágicos ha pasado por la escena del teatro francés: los amores, los celos, las demencias de Doña Juana la Loca. Y al pasar ha suscitado cuestiones literarias, de cuyo examen y conocimiento práctico no podemos en manera ninguna librarnos. Parody, griego de nacimiento y abuelo de naturalización, estudioso é instruido más que inspirado; magister su falta de fantasía, fantaseó en desordenadísimo drama toda suerte de inverosímiles desvaríos al tratar de un personaje y de un período tan sabidos como la protagonista y la trama de su obra. Permitido en las figuras típicas de un período poético y fabuloso, cual Prometeo, la invención, fantaseándole vida é historias á su arbitrio; pero no permitido así en los personajes, de cuyo adscritos á una época del dominio de la Historia fija y clara. Por consecuencia no puede consentirse á un autor decir que haya el Rey Católico envenenado á su yerno D. Felipe el Hermoso; que haya Carlos V maltratado á su madre, de quien siempre se curó con filial piedad; que haya sido cautiva la reina del malquerer universal y no de su propia infelicidad, así

como que haya pertenecido á la secta protestante y púestose por razón de Estado en contra y en pugna con la ortodoxia connatural á su católica familia y á su exaltado pueblo. La causa del trastorno de sus sentidos muy despiertos y de la pérdida de su seso muy sólido estuvo en exaltaciones exacerbadas del amor connatural á su pecho, recrudescidas por celos, cuya intensidad llegó hasta producir en su espíritu y en su ánimo una rabiosa demencia. Si á esto se junta que mujer de suyo amanísima se casó con joven dado á todos los placeres, y especialmente á los placeres del amor, se comprenderá como no pudo contener dentro de los límites racionales su desgracia, la cual reventó en los nerviosos desórdenes y en las desatinadas acciones consiguientes á la verdadera locura. Lo robusto de aquel su cuerpo, resistente hasta provecta edad al incendio de una pasión exagerada, confirma la enfermedad atribuida por el sentido común histórico á la reina. Los mismos pedazos de razón, flotando en la tormenta de sus pasiones y en el naufragio de su alma, dicen cuán desatentada fuera la exaltación que apagó el brillante lumínar de su idea y la sumergió en aquella tromba de afectos homicidas, á cuyo término cayó la infeliz en una especie de suicidio del alma, perpetrado á impulsos de la increíble intensidad de aquella tortura que le infligiera el choque con el desamor de su amorosa y exaltada naturaleza.

Doña Juana conservó toda la vida el culto más religioso á la memoria de su madre muerta; el amor más entrañable á su padre y el respeto más profundo; los sentimientos propios de la dignidad real en que naciera y se criara dentro de una corte por completo imbuída en la idea monárquica, triunfante, tras una guerra secular con alternativas contrarias, del viejo feudalismo. Así, en todo con su marido se conformaba, menos en lo tocante al poder y al derecho vinculados en ella por la herencia recibida de su gloriosa madre Isabel. De todo á veces dejaba disponer, merced á la parálisis en la voluntad y en la inteligencia, inertes al extremo de parecerse á un ser material privado hasta de la existencia vegetativa y petrificado y frío como una estatua funeraria; pero en cuanto le hablaban de algo atentatorio á su regia dignidad, erguía contra las pretensiones del rey de Francia cuando exigía le firmara una declaración de feudo firmada ya por su esposo en la corte francesa; y lo mismo se deshacía del yugo forjado para su cerviz por don Fernando V y por don Felipe, tan amados, que del yugo de los comuneros dispuestos á convertirla en una enseña nacional de combate al extranjero y á sus devastadoras exacciones. La desgracia suya no tuvo ningún otro origen sino el amor exaltado á su esposo y mal correspondido por éste. Si Juana diera con un príncipe que de ella se hubiese prendado y sido capaz de quererla como ella quería, en su juicio quedara y quizás fuera por su voluntad y por su inteligencia uno de nuestros primeros monarcas. Pero cuando se parte de aquí á Flandes, á los dominios de su novio, y arriba, tras deshechas tempestades, impelida de amor mucho más exaltado que aquel sentido por la reina de Cartago hacia el fugitivo Eneas, amor éste concluido por un suicidio, encuéntrase la enamorada castellana con que su novio no tiene prisa de abrazarla y la deja sola muchos días bajo nieblas que debían parecer á quien llevaba en sus ojos el cielo y el sol de Castilla un paño funerario. Vense y hacen vida común; pero sin que nunca se pagase amor con amor, nunca. Juana, que necesita de la mirada del esposo como de la luz, que respira en su aliento, que no quiere la vida sin su compañía, que le adora más á medida que mayor tiempo á su lado pasa, pásase solitaria y abandonada por su palacio de Gante, sin oír más que los regocijadísimos ecos de festines continuos y de besos adúlteros, destinados á trucidar su tierno corazón, amante hasta la demencia, por causa y motivo de las mismas infidelidades que le recrudescían á una con creces incalculables, por sus contrariedades mismas y sus oposiciones, el amor nativo al ingrato esposo.

En la familia de los Reyes Católicos se amaban unos á otros en términos tales que los hijos veneraban como dioses á sus padres y los padres llamaban á sus hijos ángeles. Muerto el heredero de la corona, ó sea el infante don Juan, casado con una hermana de Felipe el Hermoso, quedaron dos derechos inmediatos á la corona, el de la reina de Portugal y el de la reina de los Países Bajos. Si la reina de Portugal y su hija hubieran vivido, vinieran al acervo común de la monarquía española este reino con sus maravillosas colonias en Asia y Africa y América; pero como las dos herederas inmediatas murieron, y recibió el principado de Asturias, tras la muerte del hermano y del sobrino de la hermana, la mujer de don Felipe el Hermoso, trajo ésta Flandes, Holanda, el Franco-Condado, los derechos á Borgoña, las competencias por Lombardía, el ducado de Austria con todos sus anejos y la eventualidad probable de alzarse, como nuera de un rey de romanos, con el imperio alemán para su esposo, y quizás para su hijo. ¡Tristes caprichos de la herencia! ¡Cuál otra fuera la suerte de nuestra patria si, en lugar de haberse por las herencias europeas múltiples disipado en Europa, se concentrara en nuestra península y exclusivamente se dirigiera con empeño á nuestra obra intercontinental en el viejo mundo asiático y en el nuevo mundo americano! Siempre dije que fuera una desgracia patria la muerte de los herederos del trono portugués y la exaltación de los herederos del trono flamenco. Pero la desgracia mayor fué para la pobre princesa casada por razón de Estado con Felipe el Hermoso. Por 1498 los Reyes Católicos debían sospechar ya la mala ventura de su hija y las desavenencias en su matrimonio, cuando expidieron un fraile llamado Matienzo, prior de Santa Cruz, para que se industrialara de todo y los industrialara en todo. Decía el fraile, al día siguiente de haber hablado con doña Juana, estas palabras de un indecible candor á los Reyes Católicos: «Está tan gentil, y tan hermosa y gorda, y tan preñada, que si Vuestras Altezas la viesen habrían consolación.» Pero no debió gustar la embajada mucho á don Felipe, cuando Matienzo decía en otras cartas, quejándose de morirse por hambre: «Acá no dan de comer á hombre de mundo,» y aseguraba de mil modos á don Felipe que «no tenía encargo de hacer inquisición alguna sobre su vida.» Pero poco debió adelantarse cuando el César Maximiliano se percataba de asistir al bautismo del primer nieto que don Felipe había engendrado en doña Juana; y se iba, con desatención á sus hijos, de Cece en colodro, rompiendo lanzas y buscando aventuras por tierras de Cleves. Y así como tardaron Felipe y Maximiliano en recibir á la desposada doña Juana, y tardó este último en besar á su nieto Carlos V, aún tardaron más Felipe y Juana en recoger, viniendo á Castilla, el Principado de Asturias, recaído en sus personas por la muerte del heredero de Lusitania. Y en todas estas desventuras quien más padecía era el ánimo y el espíritu de doña Juana; perpleja de suyo á la continua entre los deberes estrictos de hija y los mal pagados amores á su esposo; lo cual llevaba en todas partes á mal llevar y le deshacía poco á poco el corazón, trastornándole el seso y perdiéndola para su regio ministerio y sus delicados oficios. Su esposo no hacía más que

agravar las tristezas de aquel alma y malherirla, no sólo por la vida privada de ser desarreglado, llena de placeres y corrompida en toda clase de vicios; por sus ligerezas en las aceptaciónes del Principado de Asturias, cuando murió el príncipe don Miguel, y de la corona misma castellana, cuando murió la reina Católica; por sus desvíos del rey Fernando, tan experto y consumado en política; por sus desacatos al Parlamento de Aragón, respetadísimo en el mundo; por la extranjera cohorte que le acompañaba doquier en los reinos españoles; por el arrimado á las innumerables facciones feudales que todavía coleaban aún después de malherido el monstruo; por tantos errores y pecados como se deslizaban á un tiempo, así en el hogar como en el trono de doña Juana, rompiendo en mil pedazos aquel corazón, mayor que trono y hogar; un verdadero calvario, donde los celos por su amor y los recelos por sus vasallos de continuo la sacrificaban en una pasión tanto más triste, cuanto que nadie veía cerca su postrera consolación ó refugio, el seno de la muerte. ¿Creéis que no había bastantes causas á promover la rematada locura? Pues en el exceso de su amor le sobrevino á su esposo la muerte. Quien quería para el placer la vida, se murió; y quien de la vida sólo conocía la tristeza, quedóse infeliz en este bajo mundo. Y entonces echó de menos doña Juana la Loca, no solamente las escasas alegrías de su matrimonio, las penas también que le habían taladrado las sienas, y acabó de hundirse por completo en su desgracia. Continuó sintiendo el mismo amor y los mismos celos, en un desvarío, que la pusieron fuera de sí misma, en congruencia con sus penas, y la embargaron por medio de aquellos espantosos horrores, los cuales no pueden adivinarse ni medirse sino estando en ella y con ella, tan infeliz y cuitada.

Pues un asunto dramático en esencia se desnaturaliza con facilidad suma encerrándolo en drama convencional, destinado más bien á robustecer una tesis que á divertir y recrear un público. Parody no ha tomado, como debía, ejemplo y lección de nuestro gran Tamayo, poniendo los asesinos celos de la reina en las condiciones de tiempo y de lugar, inolvidables hasta en los dramas históricos menos atentos á las unidades aristotélicas y de mayor naturaleza romántica. Enfermo su espíritu de achaque tan frecuente y grave ahora como la manía de trabucar el teatro con la novela, desarrolló la vida de doña Juana en cuadros cuyo principio se inicia en la infancia de ésta y cuyo fin ó término en su muerte. No puede pedirse al teatro y su maquinaria la realidad viva, un follaje de bosque, un mar de agua, un relámpago de cielo, un mullido de prado, la verdad en sí misma. Pero debe pedirse una grande aproximación á lo verdadero. ¿Quién le ha mandado á Parody alterar la Historia de manera como la dicha por nosotros arriba? ¿Podría tolerarse, por ejemplo, una tragedia en que César matase á Bruto, en vez de matar Bruto á César? Nada de huir la verdad en los requerimientos y rebuscas de lo verosímil. Amén de todo esto, entre acto y acto puede pasar la eternidad cuando representas autos sacramentales y ponéis en las tablas idealizados arquetipos ó meras personificaciones ó puros símbolos. Puede rejuvenecerse un actor en verdadera comedia de magia. Pero en el drama corriente y usual ninguna de tales cosas debe pasar, pues los riges leyes convencionales, ó costumbres y tradiciones, tan imperiosas y autorizadas como cualquier ley ó fuerza natural. En el drama de Parody se apunta la tesis de que nunca estuvo loca doña Juana, y para demostración de tal tesis absurda se la hace crecer, desarrollarse, madurar, envejecerse á la vista del público en tres horas. No quiero decir cuántos esfuerzos y artificios, cuántos disfraces y menjurjes, qué número de afeites increíbles y de curvaturas diversas hay que pedir á las actrices para que, sin alterar el personaje, se presenten como niñas en el primer acto, y jóvenes en el segundo, y jamonas en el tercero, y provecas en el cuarto, y machuchas en el quinto, y viejas casi ochentonas en el epílogo. Los cambios de la piel tersa con arrugas hondas pasan allá en buen hora, según auxilios de afeites y toques al revés. Pero aquello que más del alma está próximo, la voz, no puede alterarse de modo alguno á cada cual de los actos, como se altera con facilidad á cada cual de las edades. Entre un capítulo de novela y otro podéis poner cincuenta y más años; pero no podéis distribuir ese medio siglo en cinco actos. Y no hablemos de tesis tan falsa como la negación de una demencia tan averiguada cual la demencia de doña Juana y el carácter de filósofa y liberal á la moderna por el autor puesto en una mujer pagadísima de sus poderes y de sus timbres regios. El que unas veces olvidara el nombre ilustre de sus hijos alzados á los primeros tronos del mundo mientras ella vegetaba tras una celosía en su jaula de Tordesillas; el que otras veces repugnase las devociones aprendidas desde la niñez en el regazo materno y se resistiese á la comunión y á la misa; el que ora se creyera reina y ora cautiva; el que oyese á San Francisco de Borja en sus predicaciones y á los comuneros en sus proclamas, sin al cabo determinarse y decidirse por nadie, únicamente prueba una rematada locura, derogando la falsa tesis de la unánime conjuración urdida en cuatro generaciones para volverla loca. Mal drama, muy malo el drama de Parody en su fondo; pero, según los competentes, mucho peor todavía en la forma por encerrar lugares comunes en versos prosaicos. ¡Dios se lo haya perdonado!

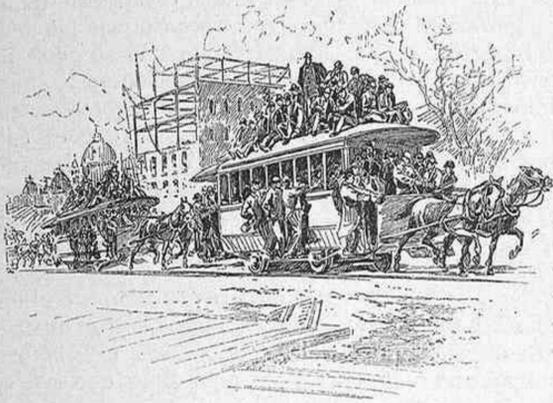
Mucho tiempo gasté ahora en examinar un drama de argumento español y poco habrá de quedarme para las otras partes de mi revista. Invítanme los felibres del Mediodía en Francia con reclamos de admiración y amistad, jamás harto agradecidos, á participar de una fiesta latina en la ciudad de nuestro D. Jaime I, el grande, el inmortal, el reconquistador, el tipo más bello de las aragonesas historias, en la ciudad de Montpellier. Pero me perdonarán mis amigos que no acuda. El arte de la palabra me abrió en mi juventud todas las puertas y me las cierra todas en mi vejez. Después de haber contribuido con el Verbo, que Dios pusiera en mis labios, á empresas tales como la redención del esclavo y la libertad del pensamiento, ¡ah! todo en derredor mío, todo me impone silencio forzoso y me pide una consagración de mis últimos años á las contemplaciones y defensas mudas de esta obra, construída en honor del humano derecho. No yendo al Congreso legislativo, en que la patria siempre me tiene guardado un puesto, menos pienso ir á congresos literarios, ni políticos, de ninguna clase. Y desde que yo hablé con los felibres congregados en París, recibí á mi amigo el eximio poeta Balaguer en la Academia Española, pasó bajo el puente agua sobradísima y se cambiaron de un modo radical antiguos afectos. Ha entrado en los juegos florales un demonio separatista, de quien yo me aparto haciendo cruces, pues mi condición de viejo español me veda contribuir á romper la unidad patria conseguida con tantos esfuerzos, y mi condición de liberal fomenta verdaderas reacciones, de todo á mi conciencia opuestas. Los discursos en que nuestros felibres han maldecido, no ya la unión de Cataluña con España, la de Cataluña con Aragón; los apos-

tolados de un reaccionario empedernido que quiere volver la Galicia heroica y española del Puente de San Payo al tiempo de Don García; los acuerdos tomados en la Coruña contra el gobierno y el Congreso nacional por cosa tan baladí como el cambio de una capitania general que debía importarle un bledo; el crecimiento de votos cantonales en las últimas elecciones de Valencia y Barcelona y Madrid, me ponen un espanto en el ánimo tan grande, que no quiero ceder á la tentación de lanzar ideas literarias sobre las ciudades que luego me obligarían á lanzar bombas como aquellas que despedí un día sobre la rebelde Cartagena. No iré, pues, á la fiesta de los felibres, que si resulta esencialmente latina, como yo espero de sus patriotas promovedores, tan ilustres y sabios como buenos ciudadanos, deben poner este lema en sus rótulos y en sus brindis: «A la memoria de las tres únicas verdaderas naciones que hay en el viejo continente, á la unidad de Francia y á la unidad de Italia y á la unidad de España.»

Madrid, 30 de Mayo de 1893

LA CIUDAD DE CHICAGO

Terminábamos el artículo anterior diciendo que casi toda la vida de Chicago está concentrada en un espacio limitado que constituye el centro de la ciu-



Operarios regresando de las obras de la Exposición

dad. Tanto es así, que todos los Bancos se tocan; basta un cuarto de hora para recorrer las principales tiendas ó almacenes y para encontrar los comerciantes, agentes, industriales ó individuos que ejercen las profesiones de utilidad general. Casa hay en la calle del Estado que tiene más de cien gabinetes de médicos y otra en la que viven lo menos veinte dentistas.

Como es de presumir, en población tan eminentemente industrial y comercial los medios de locomoción abundan dentro de ella, figurando en primer término los tranvías ó *street cars*. Las Compañías que establecieron las primeras líneas han hecho tan buenos negocios que las acciones emitidas en 1858 á 500 pesetas se vendían en 1886 á 7.500. Un industrial compró las de las líneas del Norte y del Oeste, sustituyó la tracción animal por la funicular, emitió nuevas acciones á 450 pesetas y en 1888 valían ya las del Norte 1.400 y las del Oeste 1.100.

Otros negocios producen allí no menos excelentes



Japoneses construyendo su instalación

resultados: los teléfonos han dado hasta 25 por 100 de dividendo activo, la luz Edison 12 por 100, y las acciones de algunos Bancos duplican y hasta triplican su valor.

Pero donde mayores beneficios se alcanzan es en la prensa. El afán de estar al corriente de las noticias de todo el globo y el de anunciar es tan grande que los periódicos cuentan por muchos millares los suscriptores. Verdad es que en Chicago tienen una gran ventaja con los anuncios, pues no hay costumbre de fijar carteles en las esquinas y sitios públicos, y para todo anuncio, sea de la clase que fuere, hay que recurrir forzosamente al periódico. Sólo un ejemplo citaremos de las ganancias que la prensa obtiene: las acciones de la *Tribuna*, emitidas á 5.000 pesetas, valen hoy 125.000. En cambio se necesitan cinco millones de francos para la publicación, tal como la entienden los americanos, de un periódico como el citado ó como el *Herald*.

El genio práctico de los americanos, y sobre todo de americanos como los de Chicago, no podía menos de sacar partido de una Exposición que esta ciudad disputó á Nueva York, saliendo triunfante de su pretensión. Y este partido lo ha sacado aun antes de que se pusiera la primera piedra del primer edificio de la *Gran FERIA del Mundo*, como allí se llama á esta Exposición. Apenas se tuvo noticia en Chicago de que el Congreso de Washington le había concedido la preferencia sobre su rival del Atlántico, todos los valores cotizables en Bolsa, tranvías, gas, cervecías, fósforos, subieron 10, 15 ó 20 por 100. El valor de la propiedad urbana ha aumentado de un modo prodigioso, especialmente en los barrios inmediatos á la Exposición, y los propietarios, siempre cuidadosos de sus intereses, han subido los precios de alquiler un 20 ó 25 por 100.

No por esto debe creerse que todo es prosperidad y bienestar en Chicago. Hay, es cierto, algunos millonarios rápidamente enriquecidos; el número de familias acomodadas es considerable, merced á la laboriosidad y energía de sus jefes, que no se desalientan por algún revés de fortuna; los obreros están bien pagados, pues son muchos los que ganan de doce á quince pesetas diarias; las mujeres encuentran colocación en las oficinas telegráficas y telefónicas y también en las casas de comercio, donde se las emplea en copiar con máquinas de escribir la correspondencia que otros empleados taquigrafían previamente conforme van dictándoles sus principales, poco aficionados á manejar la pluma; mas á pesar de todo, también hay bastante miseria, fácil de explicar en una población á la que diariamente acuden tantos y tantos desheredados de la fortuna de todos los países de América, Europa y Asia en busca de medios de vivir que no encuentran fácilmente á causa de la misma competencia que unos á otros se hacen y de la abundancia de la oferta, superior á la demanda. Si ciertos sótanos húmedos y pestíferos, situados hasta en el centro de la ciudad, como en *Mádison Street*, pudieran narrar la historia de las privaciones de los infelices que en ellos se albergan de noche, se sabría que en Chicago, como en todas las grandes poblaciones, no todo es ventura y abundancia.

Al dar principio á las obras de la actual Exposición, la curiosidad de la población estaba excitada en gran manera, de suerte que todos los días se veía una masa de curiosos, cuya mayoría la formaba la gente desocupada á que acabamos de aludir, que no bajaría de 8.000 á 10.000, alrededor de *Jackson Park*. Al anochecer, hora en que se retiraban los trabajadores, originábase alguna confusión, pues como toda esta masa de gente quería regresar á la ciudad al mismo tiempo y la distancia es larga, tomábanse los coches de los tranvías por asalto, aglomerándose en ellos los pasajeros de un modo que hasta en el mismo Nueva York se consideraría cruel é intolerable. Dondequiera que quedaba un sitio para poner un pie allí se encaramaba una persona. Y es que allí el público no se guarda consideraciones cuando de utilizar los medios de comunicación se trata. En los tranvías huelga por innecesario el rótulo *Lleno*, y cualquiera encuentra sitio en ellos si sabe hacérselo aun con detrimento de los demás. Todos se quejan; todos reclaman la observancia de las ordenanzas municipales con la mira de que los otros las respeten, pero también con la intención de no querer individualmente someterse á ellas. De aquí que las molestias y cuestiones sean continuas y el que las compañías hagan su agosto.

Aunque los obreros ganan los crecidos jornales que hemos indicado, parece que en Chicago no se emplea en el trabajo manual la misma diligencia y afán que en los negocios comerciales y bursátiles, y una de las causas de que estén tan atrasadas las obras de la Exposición, aun después de su apertura, consiste en la resistencia que oponen los obreros á trabajar en horas extraordinarias. Con esta lentitud contrasta la laboriosidad de los de otros países, cuyas instalaciones están casi terminadas.

Los japoneses llamaron desde un principio la atención, no sólo por su metódico y constante modo de trabajar y por sus trajes especiales, sino también por el modo particular de construir sus andamiajes, en los que al contrario de los obreros americanos, que hacen abundante uso de clavos y tornillos, sólo emplean cuerdas, de suerte que pueden utilizar indefinidamente los tabloncillos, que aquéllos estropean é inutilizan, teniendo que renovarlos continuamente.

Los egipcios, con sus holgados trajes, los alemanes, los españoles y los franceses, cuyo sostenido buen humor choca con la seriedad de los yankees, también han llamado la atención por su actividad y pericia.

Una de las cosas que ha tenido especialmente en cuenta la comisión directiva de la Exposición ha sido

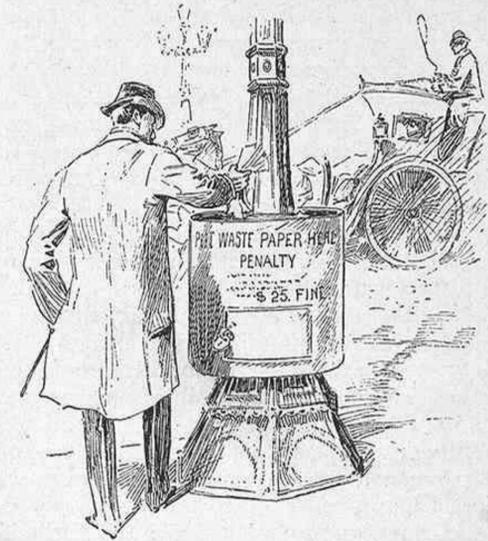
la limpieza y aseo del vastísimo local donde ésta se celebra, habiendo tomado al efecto medidas tan minuciosas que hasta ha prohibido terminantemente que dentro de ella se vendieran nueces, avellanas y otras frutas de cáscara dura sin estar previamente



Alemanes desembalando los envíos

descascaradas, á fin de que los desperdicios no ensuciasen el suelo de las calles y paseos de la Exposición.

Otra de las medidas tomadas ha sido la de establecer de trecho en trecho recipientes para echar en ellos los papeles inútiles, llevando tan adelante su severidad en este punto, que esos mismos recipientes tienen unos avisos conminando con la multa de veinticinco dollars á los que tiren en otra parte papeles ó cualquier otro objeto. Los guardias columbianos,



Un recipiente para echar papeles inútiles

cuerpo de vigilancia perfectamente disciplinado por oficiales del ejército, están encargados de hacer cumplir estas disposiciones.

No vaya, sin embargo, á creerse, en vista de tan exageradas medidas de policía, que tanto la ciudad como la Exposición brillan por su excesiva limpieza. La primera tiene mucho que envidiar por este concepto á su rival Nueva York y á otras capitales europeas, y la segunda, llena hoy por hoy de lodo y agua



Egipcios trabajando en el decorado de su instalación

por todas partes, retrae por tal causa á los visitantes, que hasta ahora se presentan en número muchísimo menor de lo que esperaban sus organizadores.

M. A. S.

## TEMOR PÓSTUMO

Cuando el secretario del ayuntamiento nos dió la noticia, la tertulia prorrumpió unánime en exclamaciones de sentimiento y de extrañeza. Formábamos aquella nocturna tertulia de verano en cierta casa de cierto nido de flores, vulgo pueblecillo de los montes de Málaga, una docena de personas entre indígenas y forasteras, cuya elegancia, limitada por un presupuesto íntimo, á la española, ó sea en déficit, no les

exclamamos, al choque de aquella noticia de sensación, como habían exclamado el militar y el progresista: «¡Es posible!»

Y entonces el secretario, que además de ser una inteligencia que no cabía en aquellas lomas, y además de ser por el derecho inmanente de su gramática parda el amo perpetuo de la localidad y el director inamovible de todos sus municipios, era también casi un literato y un pensador y un orador: entonces, repito, el secretario respondió al grito idéntico de nuestros corazones diciendo:

— ¡Ah, sí, señores, es posible, ha sido posible! Aquí en mi bolsillo tengo el parte, que llamaré oficial, del fallecimiento del inolvidable bienhechor mío y de este pueblo, que debe llorarle mientras conste (el pueblo) en el mapa de la península. ¡Ah, sí, seño-

el secretario un alto y tomó aliento, buscando con su mano derecha en su bolsillo algo que la reunión creyó un instante sería el pañuelo que había de enjugar las lágrimas inmediatamente próximas de sus ojos; y en su virtud las señoras buscaron también sus lienzos, y los hombres nos preparamos á recibir con el semblante más compungido posible la inundación. Mas la sospecha había sido inútil: el secretario se limitó á sacar en sus dedos un cigarrillo, que encendió en el velón de cuatro mecheros que ardía sobre la mesa central, que circunscribíamos, y continuó del modo siguiente:

— Pero, señores, sucede con el asombro lo que sucede con la infelicidad individual, que por grande que sea, siempre tiene otra mayor con quien consolarse y compararse, si lo hace de buena fe; sucede con ciertas estupefacciones de la vida lo que con las cezas enredadoras, que no se sabe, tirando de una, cuántas vendrán detrás, ni cuál será la última. Este asombro vuestro, señores, grande, legítimo, tendrá quizás la pretensión de ser insuperable. Pues no lo creáis: todavía os queda por saber algo que ha de asombraros bastante más. Parece mentira ¿eh? Después de conocer esa inesperada, esa prematura, esa desgarradora desgracia, ¿qué circunstancia puede haber en ella, ni qué agravación, ni qué sorpresa más triste que su fondo mismo? Oídme, empero, amigos míos: todos vosotros sabéis que D. Frutos era rico, riquísimo, millonario de nacimiento, que es como hay que serlo para no perder el tiempo en llegarlo á ser. Todos vosotros sabéis su propósito, nunca oculto, de legar su fortuna á este pueblo de su naturaleza, al sostén y persecución de las mejoras y buenas obras que este verjel risueño, amor de su corazón, le debe, y donde no tenía ya pariente alguno con derecho á heredarle abintestato. Pues bien: ¿á quién diréis que D. Frutos deja, siquiera sea usufructuariamente, sus millones? ¿Por quién diréis que esta villa tiene que esperar aún, Dios sabe cuánto, el día en que la fortuna de su protector le permita erigirle un digno monumento? ¡Ah, señores! Una sola sombra, ya que no me atreva á decir mancha, tenía la vida de nuestro gran conciudadano, y esta sola sombra era



RECONOCIMIENTO DE UN VADO

permitía ir á gozar de los mosquitos de San Sebastián, ni extenderse hasta los fonduchos de Bayona, y las llevaba á pasar el estío en aquel ó en otro semejante oasis, donde además de no hacer el calor de *La Caleta*, había positivamente menos comercio, lo que era indudablemente otro alivio.

Tal era al menos la costumbre en los tiempos á que me refiero; y me refiero á los tiempos de hace veinticinco años, época en la cual me harán ustedes la justicia de creer que era yo sumamente joven. Y sin embargo, la recuerdo como si se tratase de ayer mañana, ó mucho mejor, puesto que es cosa sabida que la memoria tiene predilección por las cosas viejas. Parece la memoria una facultad, como si dijéramos, rumiante, que gusta de saborear y resucitar á lo mejor su alimentación antigua, para adornarse por este medio de un carácter providencial y benéfico, que salta á la vista. No habiendo, en efecto, más arbitrio que recordar las cosas de la vida mientras se está en ella, y estando en ella en tan triste minoría las cosas buenas, bueno es hacerlo con las posibles atenuaciones. Á diez años de distancia, ¡cuántas barrabasadas, cuántas necedades propias ó ajenas, cometidas ó sufridas, no le parecen á usted explicables, naturales y hasta graciosas! Es probado.

Decía, pues, que toda la tertulia, sin distinción de sexos ni edades, se conmovió visiblemente cuando el secretario entró y dijo: «Señores, tengo que dar á ustedes la triste noticia de haber muerto en París nuestro buen amigo D. Frutos Palomares.» Y he dicho más; he dicho que las exclamaciones no sólo fueron de sentimiento, sino también de extrañeza, y ahora añado que de asombro, de ese asombro que acompaña á lo inverosímil, á lo increíble, como la sombra al cuerpo cuando hay luz que la proyecte. Leía el capitán de la Guardia civil la entonces infantil y sin casa propia *Correspondencia de España*, y la soltó diciendo: «¡Es posible!» Leía D. Severiano, liberal doceañista, ex teniente de la Milicia, *La Nación*, del malogrado Rúa Figueroa, y la dejó, y se quitó las gafas y exclamó también: «¡Es posible!» Y doña Rosa, rica jamona propietaria, todavía fresca, que sostenía animado coloquio, *sotto voce*, con el comisionado de apremio, que era un guapo mozo de anchas patillas; y la señora del boticario, que, según confesión propia, se pasaba siempre sus embarazos, que habían sido doce, haciendo media, y en aquel momento hacía media también; y la hija mayor del médico, que era una lindísima tañedora de guitarra, morena y esbelta, con una naricita divinamente respingada y un precioso hoyuello en la barba, donde yo tenía sepultada toda mi atención; y un corpulento matrimonio del alto tráfico del Perchel; y su hijo vestido á la inglesa, que á pesar de no tener más que veintitrés años, había ya estado en Londres; y otro fornido caballero de la villa, que por el solo hecho de prepararse á heredar las viñas del rico hacendado su padre, hacía una competencia terrible á todos los donceles del lugar en el ánimo, instintiva y precozmente reflexivo, de la susodicha hija del médico; y en fin, hasta el señor alcalde, alcalde de real orden, corazón franco, inteligencia virgen, Hércules sencillo, autoridad inconsciente; todos, en una palabra, exclamaron, ó mejor dicho,

res, es cierto: ayer hizo doce días que don Frutos falleció en su casa de la capital de Francia! Ya lo veis: también los colosos caen y se desmoronan; también los astros de la humana bondad se apagan; no hay grandeza, no hay fortaleza, no hay resistencia, no hay mérito, no hay excepción para esa implacable y *pálida mors* encargada por Dios de hacer volver á la nada cuanto de ella deja salir un momento. Comprendo, sin embargo, señores, vuestro triste asombro, que comparto. ¡Quién nos lo había de decir! Aquella juventud inalterable, que á pesar de sus cincuenta y ocho años se mantenía en el albor de una canicie tímida; aquella admirable, simpática, contagiosa alegría de carácter, de aspecto, de conversación; aquel pozo sin fondo de generosidad; aquel peregrino don de gentes; aquella especie de modesto Carlos III de esta población, que le debe su hospital, su escuela, sus puentes, su alumbrado y hasta las piedras de sus calles; todo aquello que parecía desafiar victoriosamente al tiempo, á la decadencia, á la ley terrible de la destrucción, todo aquello es ya polvo vano. Aquel corazón fuerte y puro, que latió sin descanso para el bien, ya no late; aquel alma que inflamó siempre el más hermoso y difícil de los amores, la caridad, el humanitarismo, ya no está en el planeta. Aquel hombre perfecto, en fin, acreedor de cuantos le conocieron, porque conocerle y deberle, cada uno en su esfera, atenciones irremediables y favores positivos eran una misma cosa, ya está (permitidme el símil propio de mi empleo) rindiendo ante el sumo gobernador de los orbes las cuentas más limpias y más honrosas que pueden presentarse á la fiscalización del Eterno. ¡Cómo, pues, no he de comprender y de compartir yo vuestro tristísimo asombro!

Al llegar á este punto de su oración fúnebre hizo



¡ALTO!..



PASO DE UN RÍO, cuadros de José Cusachs (Exposición París)

la de un matrimonio infausto. Hace diez años, viviendo D. Frutos en Madrid, recibimos aquí un día los partes litografiados de su casamiento. Yo mismo escribí la felicitación — respuesta del pueblo en masa; — yo mismo compré en Málaga, con el producto de la suscripción local, el tintero de plata, coronado por una Minerva con casco y todo y adornado con una inscripción de gratitud pública que le ofrecimos. Pocos meses después, sin embargo, llegó aquí un rumor alarmante, el rumor de que D. Frutos y su esposa no se llevaban bien; y este rumor fué creciendo de día en día, de correo en correo, de noticia en noticia, de viajero en viajero, hasta el punto de que poco después del primer aniversario de aquel enlace, ya no era posible dudarle: el perro y el gato, el agua y el aceite, el talento y el dinero, el día y la noche, no son más antagónicos, inconfundibles, incompatibles y distintos que eran los modos de ser de D. Frutos y su esposa. Los detalles fueron sucesiva, triste y verídicamente llegando; los pormenores fueron demostrándonos rápida y progresivamente la realidad amarga; todas las guerras civiles pasadas y futuras de la historia patria podían ser tenidas por verdaderos granos de anís en comparación de la guerra del hogar Palomares; todos los Dantes Alighieri imaginables serían de una absoluta impotencia descriptiva para pintar con sus vivos y propios colores el infierno constituido imprevisiblemente por la unión sacramental de D. Frutos y, como dice la filosofía popular, su parte contraria. Hasta que al fin otro día se supo, su-



¡ADIÓS!, cuadro de Ernesto W. Appleby

pimos, supieron todos también que el matrimonio se había separado por mutuo consentimiento y en evitación de mayores y menos incruentos males, y que D. Frutos, después de haber señalado á la autora de su infelicidad una pensión regia, se había ido á vivir á las orillas hospitalarias y confortables del Sena. Pues bien, señoras y caballeros: la fortuna, la renta íntegra al menos de los millones de D. Frutos pasa inmediatamente á esa Eva, á esa Elena, á esa Cleopatra, á esa Cava, á esa señora fatal que lleva su nombre y que disfruta de su pensión espléndida. ¿Quiéren ustedes, antes de entregarse de lleno al colmo del asombro, que reservadamente les lea las dos cartas, auténticas, fehacientes, incontestables, que me han traído la compleja, tristísima noticia?

La tertulia contestó como un sólo hombre al secretario con un «lea usted,» que fué un poema. Y el secretario tiró la punta de su cigarrillo, que ya tostaba los extremos de su índice y pulgar derechos; sacó dos cartas del bolsillo interior izquierdo de su americana, desdobló una de ellas y dijo:

— Esta carta es del viejo y fiel y honrado Julián, el criado inseparable, factótum, cajero, enfermero y amigo de D. Frutos, y dice así:

«Sr. D. Nicolás Gálvez (servidor de ustedes). — Muy señor mío y de mi respeto: Con el mayor dolor participo á usted el óbito de mi inolvidable amo don Frutos Palomares, á quien se dió ayer cristiana sepultura en el cementerio del Padre Lachaise, de esta capital, en razón á que su fallecimiento ocurrió en el día de anteayer á las seis de la mañana. Hace cosa de veinte días que, habiendo mi señor amanecido con los pies hinchados, hizo venir al médico, consultó con él largo rato, y cuando éste salió me llamó y me dijo: «Buen Julián, perdóname la mala noticia, pero has de saber que me voy á morir muy pronto.» Yo quise sonreír como quien recibe una broma, pero no pude. Y el señor continuó: «Mi testamento obra hace años en poder del notario M. Tal (es un apellido que no sé escribir), y en él dejo asegurada la tranquilidad de tu vejez. Déjame tú ahora solo, que voy á leer los periódicos.» Y yo le besé la mano y salí. El no volvió á hacerlo de su cuarto, porque no podía andar. Por último, la noche anterior á su muerte escribió en el mismo lecho la adjunta carta para usted, que, cumpliendo su voluntad, le remito; y á las cinco y media de la madrugada me mandó abrir el balcón del dormitorio, que cae á un jardín, porque decía que se ahogaba; y cuando entró la claridad hasta él y vió la copa de los árboles y oyó piar á los gorriones, nos dijo al señor sacerdote, que rezaba junto á su cabecera, y á mí, que estaba á los pies de la cama: «¡Qué hermoso día!» Y quiso señalarnos el balcón; pero no pudo mover ya su brazo porque le empezaba la agonía. Una media hora después entregó su alma al Todopoderoso, cuya infinita bondad le habrá acogido en su seno. — Quedo de usted, señor D. Nicolás, afectísimo servidor, Q. S. M. B.

»Julián Suárez.»

— Y aquí está, en fin, siguió el secretario, la carta de nuestro malogrado amigo, que dice:

«Querido Nicolás: Puesto que según me has dicho más de una vez, mi amistad ha logrado hacer de ti un hombre, vamos á ver cómo un hombre recibe, como quien dice, un cañonazo de disgusto. Voy á fallecer, caro secretario, y á escape. La hinchazón de mis extremidades me lo indicó hace días, y el médico me lo acaba de confesar con entera franqueza, á mi ruego. Muero como mi padre y de alguna más edad, por cierto, que él, que no llegó á los cincuenta. Cuando yo vi pasar el medio siglo sin el síntoma alarmante de familia, llegué á figurarme que la raza había en mí cambiado de método y de giro, y creí que la sana influencia de mi buena madre me había salvado de lo que tú, de fijo, llamarás un fin prematuro. ¡Ilusión absurda, como todas las ilusiones! Una de estas mañanas me convencí de que mis pies se negaban á sostenerme, y comprendí que se acercaba la hora de mi último paseo. Hazme el favor de no sentirlo sino hasta cierto punto, porque si te he de decir la verdad, yo no lo siento gran cosa. En primer lugar, ¿cómo sentir lo que no se ha de sentir? Respecto á horrores instintivos, mi naturaleza ha tenido siempre el defecto, si lo es, de no sentir más que uno: el santo horror á los bribones de todo género. ¡Figúrate, en su virtud, si es cosa para desesperarse el ir á dejar de ser hombre! Además, si no he sido como aquel gran rey que se acostaba triste el día que no había podido realizar una buena acción, he practicado, sin embargo, en la vida, sistemáticamente, dos cosas que bastan para determinar á uno para morir con la posible tranquilidad, á saber: primera, no he

dejado de hacer todo el bien que ha estado á mi alcance á todo el que y á todo lo que me ha deparado ocasión de hacerlo; y segunda, he procurado simultáneamente divertirme y gozar en toda la extensión de mis facultades. ¿Qué puede, pues, importarme el volver diez años antes ó después al seno de la cómoda eternidad en que estaba, desde *in principio*, y en que, salvo el breve accidente de una existencia baladí, volveré á estar *per secula seculorum*? Conque, amigo mío, vamos á lo que importa verdaderamente. Ya sabes como he amado y preferido siempre ese bello rincón de la tierra en que tú y yo y nuestros respectivos ascendientes hemos nacido. Mi único pesar verdadero es no contemplarlo al expirar. Pero el hacerme conducir á él adelantaría unos cuantos días mi última respiración, según el doctor, y parece que sería una lástima. ¡Paciencia! Mi único consuelo es la idea de que haréis transportar oportunamente á él mis restos, y que algún día formará mi polvo parte del suyo, de sus árboles, de sus flores, de sus amenidades físicas, puesto que ya conoces como yo, ¡oh secretario!, la superioridad de la eterna materia sobre esta otra naturaleza espiritual que nos hace tan infelices y pretenciosos. Hablo de la superioridad plástica y terrestre, se entiende, porque el espíritu es una cosa prestada, que vuelve á su dueño y á su destino definitivo: ave de paso. Pues bien; mira qué contrasentido: precisamente porque creo en el espíritu y su alta destinación, es por lo que he dispuesto que mis bienes no vayan inmediatamente al poder de ese común, sino que los herede y disfrute, en usufructo y hasta su fallecimiento, ¿no adivinas quién? No, de seguro que no lo adivinarás, porque á mí mismo me cuesta trabajo decirlo ó escribirlo; pero, en fin, sábelo: mis rentas van ahora á mi mujer. ¿Te habías olvidado de que yo tenía una mujer propia? ¡Habías hecho bien en no acordarte, y feliz tú que podías hacerlo! Pues sí; á ella va mi renta; á ella, á la única criatura que he encontrado insoportable en la tierra; al peor de los caracteres, á la peor de las naturalezas morales con que he tropezado. ¡Y qué tropezón, amigo Nicolás, más estupendo! ¿Te acuerdas? Yo vivía feliz, ó poco menos, cuando se me ocurrió casarme y procurar tener, como mi padre y mi abuelo, heredero directo y legítimo. Es la única vez que la rutina me ha subyugado. Y luego, te lo diré en confianza, mi señora aparentaba ser de soltera todo lo contrario de lo que era en el fondo; y además era delgada y se calzaba muy bien, que son dos condiciones que ha debido tener en primer término toda mujer que se ha propuesto gustarme. Y ella se lo propuso y lo consiguió, y caí, con toda mi malicia y mi experiencia toda, en manos de aquel Sixto V con miriñaque, que tiró la muleta apenas se vió dueña de mi casa, y se dedicó con un ensañamiento que todavía no he comprendido á hacerme desgraciado, hasta obligarme á optar entre el suicidio y París. Pues oye, Nicolás: yo creo, como he dicho, en el cielo, en la gloria, en la justicia divina, en la otra vida, y al mismo tiempo creo que la memoria, esa facultad principalísima del alma, debe fatalmente acompañarnos en ella, y á la vez que todo eso, creo en lo infinito de la misericordia de Dios. Y como quiera que desde que me separé de mi mujer he tenido á sueldo un dependiente encargado de enterarse y de avisarme si ella pensaba un día cualquiera en venir á París, para irme yo ese mismo día á la China; es decir, como quiera que el único miedo que he sentido en mi peregrinación por el valle de lágrimas ha sido, desde que no veo á mi esposa, el de volver á verla, y como quiera que Dios puede perdonarla, y á mí también, y reunirnos á entrambos en su presencia, y permitir que en ella nos reconozcamos; y como sé que ni la misma solemnidad del sitio y del suceso me ha de impedir el disgusto de volverla á ver, por esto y sólo por esto la dejo el producto vitalicio de cuanto poseo, con la única condición de hacerse ver y cuidar diariamente por los tres médicos más afamados de Madrid, á quienes señalo sendas pingües igualas, y cuyo régimen higiénico obligo á mi cónyuge á seguir. ¿Comprendes ahora, buen Nicolás? Yo no puedo evitar el encontrarme al fin en otra vida (no me atrevo á llamarla mejor por esta circunstancia) con la pantera moral que lleva mi apellido añadido al suyo. Pero puedo retrasarlo algún tiempo, algunos años, que siempre serán pocos aunque sean muchos; y á esto tiendo al disponer que la ciencia humana me ayude en lo posible á conservar su salud y á prolongar su tardanza. Ya eres, pues, sabedor, con esta confesión, de mi secreto. No lo divulgues sino en cuanto sea preciso para justificarme con nuestros paisanos; acuérdate de mí siempre que puedas; procura que mi sepultura, cuando esté en esa, esté en buen sitio, y adiós para siempre. Tu amigo de verdad,

»Frutos Palomares.»

El lector me agradecerá, sin duda, que le haga gracia de los comentarios exhalados por el asombro máximo de la tertulia al oír la carta de D. Frutos, cuya copia saqué en el acto. Basta decir que todos los circunstantes varones declararon fundado y legítimo el temor póstumo de Palomares. Las señoras se contentaron con bajar los ojos y callar, que era cuanto podía pedirse.

S. LÓPEZ GUIJARRO

## EL POZO DE LA VERDAD

CUENTO

Para los aficionados al *color local* de los países donde se desarrollan las escenas interesantes de dramas, cuentos y novelas; para los *amateurs* de la geografía y topografía de los lugares donde se enreda y desenreda la acción, este cuento debe parecerles insulso y hasta desagradable. La acción pasa en cualquier pueblo de cualquier país; y lo que es más vago y más anómalo, en cualquier época, en cualquier estación del año y en un día cualquiera de la semana.

Esto puede tener el inconveniente de no interesar desde el principio á los que sólo adoran la primavera, á los que no encuentran agradable más que el país donde nacieron y á los que fuera de la Edad media no ven siglo á su gusto; pero como yo aseguro á esos lectores exclusivistas que cuanto voy á contarles puede muy bien haber sucedido en el siglo XI, en el mes de abril y en su propio pueblo, queda destruido aquel inconveniente. Y en cambio voy á evitar á los tolerantes y á los indiferentes la minuciosidad de las descripciones de tiempos y lugares.

Erase que se era, y va de cuento, una muchacha de 17 años, bella como todas las herofinas de dramas, cuentos y novelas; pura y candorosa como el candor y la pureza mismos, y de claro ingenio, de esbelta figura, de corazón apasionado, de sentimientos nobles y generosos. En el cuerpo una Venus, en el alma una santa, en el conjunto una diosa. Y tal maravilla vivía en la aldea de... donde usted quiera, país... el que ustedes gusten y época... la que más les agrade.

No hubiera sido una joven completa si hubiese carecido de novio. Pero no tengan ustedes cuidado; era completísima y tenía por lo tanto un novio, que á ella le parecía el mejor mozo del pueblo y el más gallardo y el más valiente y el más honrado. Debemos ser justos: no la cegaba el amor como á tantas otras; el chico merecía ser amado de todas veras, porque así como ella era digna de elogios y alabanzas, él no la iba en zaga en cara, cualidades y conducta. Tal para cual, pareja escogidísima, honra de su pueblo y prueba de que cuando la naturaleza quiere hacer bien las cosas las hace á la perfección.

Claro es que siendo ambos dignos de una suerte dichosa, amándose entrañablemente, y poseyendo hermosura, virtud, sensatez, lealtad y amor, no podían ser felices en este pícaro mundo. Eso se queda para los feos, para los pillos y para los tontos: en el planeta terrestre no las gastamos de otro modo, y el que no se conforme que se vaya á otra parte.

Blas no tenía sobre qué caerse muerto; jornalero del campo, ó según el lenguaje ilusorio de los pueblos, *labrador*, ¡qué más quisiera él!, podía contar con seis reales diarios, cuando trabajaba. Anita era hija de un usurero... de semillas, de esos ricos, ¡qué más quisieran también ellos!, que prestan en el invierno granos para la siembra y recogen en el verano el préstamo con un 25 por 100 de ganancia: no en dinero, sino en cebada, en avena, en algarroba y pocas veces en trigo. Boda terriblemente desigual, puesto que podían aspirar á la mano de Anita el secretario del ayuntamiento, el registrador de la propiedad y el administrador subalterno de Hacienda.

Blas se atrevió á declarar su amor á Anita al mismo padre de ésta, el tío Vencejo, y fué desahuciado con grosería y amenazas de garrotazos. Ella lloró á lágrima viva y se retiró á la bodega á poner el grito en el cielo... de la misma, él quiso coger el cielo con las manos y se encaminó á las afueras del pueblo á quejarse de su suerte. Los alrededores eran como el pueblo, tristes, secos, sin árboles, sin huertas, sin agua, de ésta había una fuente única adosada á la tapia de un convento derruido, y un pozo seco con una gran piedra encima sobre la que se sentó desesperado el pobre Blas. ¡Y menuda fama que tenía el pozo! Nadie le había visto jamás con agua, ni destapado, ni sirviendo para nada. Decían los más ancianos que en su niñez les habían contado sus respectivos abuelos que aquel pozo era muy hondo, tanto que algunos atrevidos quisieron sondarle y no le encontraron el fondo; que arrojaban á él piedras y cascotes y nunca se escuchaba el término de su caída,

y que para evitar desgracias, porque el tal pozo no tenía brocal, decidió un alcalde, allá en el año de la Nanita, taparle con una piedra grande y dejarle así por los siglos de los siglos.

Y los siglos habían pasado, y el tiempo corre que corre, y el pozo quieto que quieto. Blas lloró á voces, se tiró de los pelos, y por último tuvo una idea diabólica y sublime. Acabar con la vida que no podía compartir con su adorada Anita, tirarse al pozo y reventarse en paz y en gracia del diablo, que debía ser quien le había inspirado semejante desatino.

Y dicho y hecho: como era forzudo como un Hércules, arremetió con el peñón que tapaba el pozo, y con unos cuantos esfuerzos titánicos consiguió moverle de su sitio lo bastante para dejar al descubierto la cuarta parte de su circunferencia. ¡Horror de los horrores! ¡Qué boca tan negra! ¡Qué aire tan húmedo y nauseabundo se escapó por la abertura!

¡A la una..., á las dos..., á las tres!.. Y Blas se tendió en el suelo, metió la cabeza por el hoyo y levantó los pies para tirarse de cabeza...

No había acabado de decir «Hasta verte, Jesús mío!» cuando una cosa, que no sabía él decir lo que era, le dió un empujón en la testa y le hizo caer á la larga sobre el terreno. Una sombra..., una figura..., una visión salió del pozo y dejó patitieso de asombro y de terror al pobre mozo.

¡Pero qué sombra! ¡Si era una mujer, y de rechupete! ¡Valiente moza! Destrenzado el cabello rubio, que le caía hasta las corvas, sin ropa de ninguna clase y con un espejito de oro y acero en su mano derecha. ¡Y qué caderas, y qué brazos, y qué cara, y qué luz por todo su cuerpo!

— ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¿De dónde sale usted en cueros vivos?

Esto dijo Blas... y punto redondo. Jamás había él visto cosa más rica, ni más seductora, ni más sorprendente.

— Si eres tú el que ha roto mi encierro, bendito seas, buen mozo. Hace la mar de siglos que los pícaros hombres, enojados conmigo, porque no los dejaba mentir, ni calumniar, ni adular, ni engañar, ni

fingir, ni estafar, ni falsificar, ni seducir, ni robar, ni perjudicar á nadie, ni desear la mujer del prójimo, me cogieron entre todos, me tiraron á este pozo, y arrojando sobre mí todas las piedras que encontraron á mano, tapando la boca con esa peña grande, me dejaron por muerta. Me figuro lo que habrá sido el

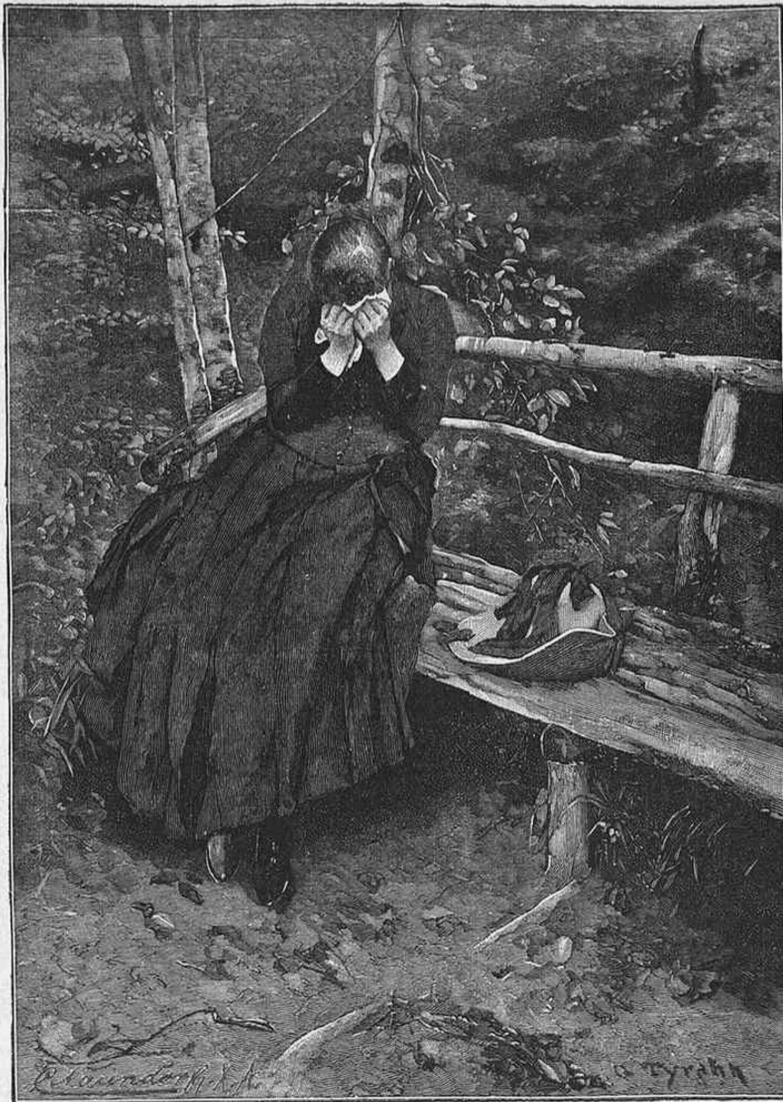
mundo desde mi desaparición de él, y lo horrible que será vivir en la tierra. Pero como, gracias á ti, vuelvo á la luz del día, otra vez seré la reina de la creación y tú mi ministro.

— ¿Que me quiere usted hacer alguacil? ¿Pues y Eugenio, que es sobrino del alcalde y ejerce ese cargo hace cinco años? ¿Qué piensa usted hacer de él?

— Lo que quiero ante todo es que me digas quién eres, qué ibas á hacer y qué gentes viven ahora en este sitio?

Satisfizo Blas lo mejor que pudo la curiosidad de la Verdad, que así dijo llamarse la aparición, y oyó de ésta que desde aquel momento le tomaba bajo su protección; que Anita sería suya *per sæcula sæculorum*, y que ambos, ricos y felices, rendirían culto á la Verdad hasta el fin de sus días. A los ruegos que Blas hizo á la señora desnuda para que se tapara, por la pública decencia, puesto que hoy nadie andaba públicamente en paños tan menores, accedió ella, moviendo el espejo, y encontróse vestida con un traje caprichoso, que no sólo no ocultaba sus encantos, sino que parecía aumentarlos. Las botitas no tenían tacones, ni el vestido ballenas ni polisón, ni las mangas hombreras, ni los puños botones. Tapada estaba, bien tapada, y sin embargo, sin saber cómo, ni uno solo de sus primores esculturales dejaban de verse y de admirarse. ¡Gran mujer, gran mujer! Aquellos juegos de magia tenían absorto y aterrado á Blas; pero bastaba la promesa de aquel fantasma de que Anita sería su mujer para que él lo aceptara todo, aunque corriera el riesgo de irse de patas al infierno por andarse en brujerías.

Mientras, se presentaba en el pueblo un gran señor dentro de una carretela algo desvencijada, pero tirada por dos penecos blancos, llenos de cascabeles y cintajos, metiendo mucho ruido y dando muchos gritos. Era el célebre doctor Dulcamara, que traía en su coche todos los específicos conocidos y por conocer para curar cuantas enfermedades afligen á la humanidad, desde el más sencillo dolor de muelas hasta la difteria más fulminante. Píldoras, frascos, hierbas, minerales, instrumentos quirúrgicos,



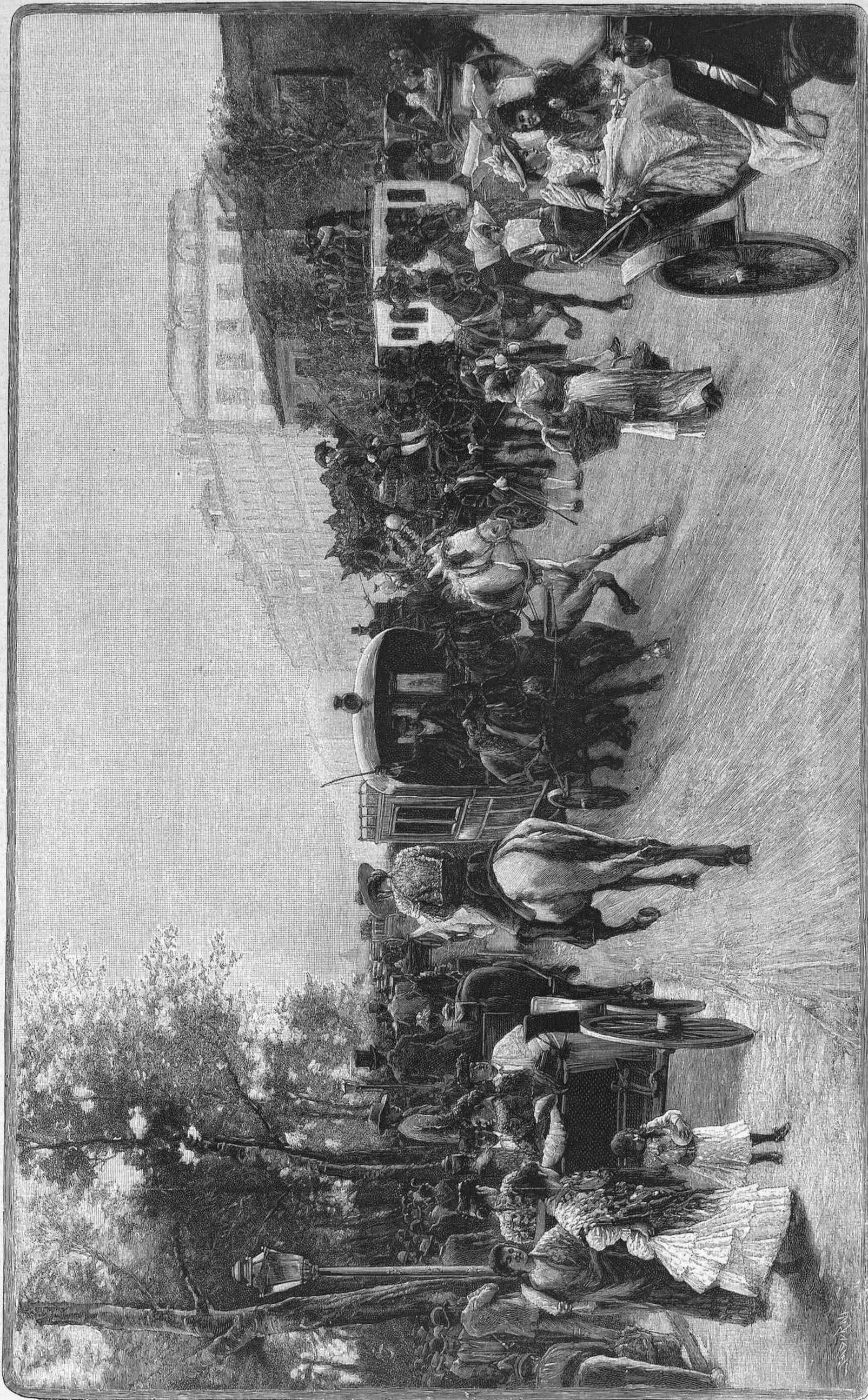
¡ABANDONADA!, cuadro de G. Tyrann



LOS DEFENSORES DE ZARAGOZA (1809), cuadro de Mauricio Orange (Salón de los Campos Elíseos, París, 1893)



LA FIESTA EN CASA DE LOS ABUELOS, cuadro de Hugo Salmson (Exposición del Campo de Marte, París)



LA CALLE DE ALCALÁ DESPUÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS, cuadro de Francisco Maura. (Exposición general de Bellas Artes de 1892)

apósitos y vendajes, de todo tenía aquel buen hombre en su coche. ¡Y charlar, y hablar diferentes idiomas, todos incomprensibles para aquellas buenas gentes, caso de que lo fueran. ¡Pues y manejar dinero! En diferentes sacos decía él, moviéndolos y sonando las monedas ó cosa parecida que contenían, que había diez y veinte y treinta mil duros, y todo cuanto se le antojara, pues entre todas sus habilidades descollaba la de haber encontrado la piedra filosofal y saber fabricar oro á su antojo y su capricho.

El tío Vencejo era el más admirado de todos los convecinos al escuchar al gran Dulcamara; y cuando éste vió á Anita, y se la quedó mirando embebecido, y se chupó los dedos de gusto sólo con la idea de poseer tan hechicera muchacha, se bajó del coche, eligió la casa del tío Vencejo por posada, ofreciendo por su hospedaje el oro y el moro, y allá se fué detrás de la chica, con coche, caballos, drogas y dinero.

Y no se anduvo en chiquitas, ni siquiera en grandes, sino que á los tres días, después de perseguir inútilmente á Anita por pasadizos y rincones, con no muy santas intenciones, aunque con muy buen fin para sus pícaros principios, le espetó al padre la petición oficial, después de haberse enterado de que el tío Vencejo no se dejaba ahorcar, y hacía muy bien, por doscientas ó trescientas fanegas de grano, ni por ciento ó doscientos carros de paja, á más de alguna media de lana con cincuenta onzas de oro limpias de paja y de polvo.

No fué floja la polvareda que se armó en el pueblo al saberse la noticia. La chica dijo que nones, el padre que pares, y el novio por poco revienta de un garrotazo al primer gandul que le vino con el cuento.

Pero con todo y con eso, la cosa fué marchando y les pareció de perlas á todas las eminencias del pueblo y tratóse de organizar festejos y de disponer bailes y cuantas diversiones populares gratis se pueden ofrecer por un municipio ilustrado y benéfico á un populacho cerril y destripaterones.

— Déjalo y no te ocupes de nada, le decía la Verdad á su amigo Blas cuando éste se quejaba amargamente de la nube que se le venía encima con la boda de su adorada. Yo estoy aquí; déjalos que se entusiasmen y griten y organicen y dispongan. Cuando llegue la ocasión y todos estén seguros de su triunfo, yo me presentaré contigo; desenmascararé á todos los farsantes del país y de fuera de él; pondré las cosas en su verdadero punto de vista, como son en sí y no como parecen ser, y tú triunfarás por mi virtud y serás dichoso y en paz y jugando.

— Yo no tengo mucha gana de juego, y en cuanto á la paz, la habrá muy grande si cumple usted lo que me promete; pero si no lo realiza, prepárense todos á la guerra, y guerra sin misericordia, porque yo no lo dejo así, y desde el tío Vencejo hasta el último monaguillo me la pagan á trancazos. ¡Vaya si me la pagan!

LUIS M. DE LARRA

(Concluirá)



**Bellas Artes**—La Sociedad de pintores retratistas de Londres ha celebrado en la Grafton Gallery una exposición en la cual se admiran entre otras obras las de Carlos Durán, Portaels, Stevens, Roll, Boutet de Mouvel, Bonnat, Millais, Leighton, Boxall, Whistler, Fildes, Pettie, Shannon, Wortley, Monat Loudan, Troubetzkoy, Guthrie, Ellis Robert, Ethel Wright, Roussel, Lavery, Lorrimer, Glazebrook y Collier.

— En la iglesia de San Francesco della Vigna, de Venecia, se ha descubierto que un cuadro allí existente y de autor no conocido era un Cristo de Giorgione, de 1511; el cuadro está pintado sobre madera y representa al Salvador arrodillado junto al sepulcro de mármol con una bandera en la mano, á su lado dos centinelas y en el fondo un paisaje en el cual se alza Castelfranco.

— El Museo Silesiano de Artes plásticas ha recibido como legado de un magistrado de la ciudad, llamado Friedlander, una notable colección de cuadros y bronce con la condición de que el Museo cree un fondo para bolsas de viaje para artistas jóvenes. Entre las obras de esa colección se han escogido para el museo los cuadros *Venus y Amor*, de Gabriel Max; *Paisaje de la Alta Italia*, de O. Achenbach; *Paisaje en día de lluvia*, de E. J. Schindler; *Familia de gatos*, de J. E. Meyerheim; *Mondadora de manzanas*, de Defregger, y *Paisaje*, de E. Schleich y dos bronce de Moreau-Vaulhier. El resto de la colección, que comprende varios cuadros de Achenbach, Zimmermann, Meyerheim, Gussow, Seitz, Crutzner, Haanen, Vinea y otros, será vendido para con su producto constituir aquel fondo.

— Según parece, aumentan cada día en Francia las quejas motivadas por el abandono en que se tiene al Museo del Louvre. L. Cardou ha publicado en *L'Événement* un artículo señalando una serie de cuadros de Rubens, Van Dyck, Terborch, Metsu y otros pintores flamencos, cuyo estado es deplorable por falta de una cuidadosa restauración. En cambio por haber sido mal restauradas han quedado estropeadas las obras maestras de Ghirlandajo y Gerardo Dox; la suciedad ha desfigurado por

completo los cuadros de Rafael, Tiziano, Leonardo de Vinci, Tiépolo y otros italianos, y también en los cuadros de Corot, Decamps y Delacroix se notan los efectos de ese inexplicable descuido.

**Barcelona.**—*Salón París.*—Entre las obras nuevas expuestas la última semana sobresale por sus dimensiones é importancia un cuadro de Brull, premiado en Madrid recientemente; escena de costumbres bien sentida y feliz de ejecución en los niños que atentamente y embelesados escuchan un cuento al abuelo, junto al hogar. Dos retratos, uno de Bernadet y otro de Guardiola; tres miniaturas de Aguilar, una de ellas muy recomendable; unos cuadritos de Garnelo, ligeritos, y una paleta exornada con infinidad de caprichos pictóricos, por Riquer, junto con la obra de Brull llenan por completo el lado preferente del Salón. Enfrente llama la atención un boceto del maestro Venancio Vallmitjana, proyecto de monumento destinado á conmemorar el heroico sacrificio de los patriotas barceloneses para librar á la ciudad de la dominación francesa al comenzar la guerra de la Independencia, obra sobria y severa y concebida con grandiosidad.

Un escaparate con varios facsímiles primorosamente ejecutados por la casa Thomas y C.<sup>ta</sup>, de acuarelas de Pradilla, Domingo, Galofre, Villegas, etc., atrae, y con motivo, las miradas de los concurrentes y hace el elogio más completo de la obra que nuestro amigo el Sr. D. M. Fuster acaba de publicar con el título de *La acuarela y sus aplicaciones* y de la que nos ocuparemos como se merece en la sección correspondiente.

**Teatros.**—En el teatro de la Ciudad, de Leipzig, ha comenzado una serie de once representaciones de otras tantas obras de Schiller que ha empezado en 25 de mayo con *Los bandidos* y terminará en 15 de junio con *Demetrio y El canto de la campana*.

— En Londres se ha fundado una Sociedad Ibsen para dar durante el presente mes de junio doce representaciones de los dramas del poeta noruego, entre ellos: *El cerro de Rosmers*, *Edda Gabbler* y *El arquitecto Solness*.

— En el teatro de la Corte, de Weimar, se ha estrenado con muy buen éxito una gran ópera de Ingeborg de Bronsart, titulada *Hiarne*.

— Con gran éxito se ha estrenado en el teatro Real de Copenhague una ópera en tres actos de Julio Bechard, titulada *Frode*.

— *Espartaco*, ópera de Platania, estrenada en el teatro Dal Verme, de Milán, ha sido recibida con gran aplauso.

**París.**—En la Opera Cómica se ha estrenado la ópera en dos actos de Saint-Saens *Phryné*, cuya música demasiado trivial no ha logrado gran éxito á pesar de contener algunos números de original belleza y de estar muy bien instrumentada. En los Bufos Parisienses se ha dado una representación única de un drama simbólico en cinco actos del poeta belga M. Maeterling, titulado *Peleas y Melisanda*, obra obscura, de sencillez infantil, fúnebre y de tendencias exageradamente pesimistas que ha obtenido escaso éxito. En el teatro Libre se ha estrenado una traducción del drama alemán *Los tejedores*, de Gerardo Hauptmann, obra eminentemente socialista, que es una exposición de las quejas del trabajo contra el capital y de la miseria del obrero, con su obligada huelga, invasión y saqueo de la casa del patrono, etc., etc.; esta obra fué prohibida en Alemania cuando se estrenó en el teatro Libre, de Berlín. En el Circo Funambulesco se ha estrenado el drama mímico en tres actos *El huésped*, poema de Carré y Hugounet y música de Edmundo Misa: el argumento de la pantomima es interesante y la música en extremo agradable.

**Londres.**—En Covent Garden ha obtenido un éxito ruidoso la ópera de Leoncavallo *I Pagliacci*: en el propio teatro se han cantado *Romeo y Julieta*, de Gounod, y *Carmen*, y se está ensayando la ópera de Mascagni *I Rantzau*, que se pondrá en escena bajo la dirección de su autor. En el Gran Teatro se ha estrenado con aplauso un interesante melodrama de Harvey, titulado *Sings of the Nighth (Cantos de la noche)*. En el teatro Lyric está consiguiendo ruidosos triunfos la eminente actriz Leonor Duse, á la que los críticos ingleses dedican entusiasmas é incondicionales elogios, que hace también extensivos al primer actor Sr. Andó. En Saint James Hall se ha estrenado con buen éxito un drama de Mr. Pinero, titulado *The second Mrs. Tangueray*, en el cual plantea el autor la tesis de que el matrimonio con un hombre honrado no redime á la mujer de pasado borrascoso.

**Barcelona.**—En Novedades la compañía de D. Emilio Mario, además de poner en escena las obras de repertorio que tantos aplausos le valen, ha estrenado con buen éxito la obra de D. Mariano de Vela Maestre *La estrella de los salones*. En el Lírico sigue cosechando merecidos aplausos la excelente compañía que bajo la dirección de los Sres. Rosell y Ruiz de Arana representa las más graciosas obras de su abundante y selecto repertorio. En el Tivoli se han reanudado las representaciones de *Miss Hellyet* por la misma compañía que con tanto éxito la estrenó el año pasado.

**Necrología.**—Han fallecido recientemente:

Jacobo Moleschoff, eminente fisiólogo de origen holandés, que después de haber estudiado y ejercido la medicina en Alemania se naturalizó en Italia, donde fué profesor de las universidades de Turín y Roma y senador; autor de las importantes obras *Fisiología de los alimentos*, *La circulación de la vida* y otras.

Antonio Bertolotti, director del archivo del Estado, de Mantua, autor de interesantes obras históricas y artísticas.

Marcelo Gnynski, escultor polaco.

R. S. Malthe, escultor dinamarqués y conservador del Museo de escultura de Copenhague.



**¡Si no vendrá!**, dibujo original de J. García Ramos. — Tal es el título del dibujo á la pluma que reproducimos y que, como todos los del Sr. García Ramos, es un verdadero cuadro. Cierto es que la región andaluza presta interesantísimos elementos al pintor para dar muestras de ser un buen dibujante y brillante colorista, pero no lo es menos que el artista sevillano avalora con su maestría, con su ingenio esos cua-

dro de costumbres, en los que otros no pararían mientes por carecer de ese espíritu observador y asimilativo que en tan alto grado posee nuestro distinguido amigo.

*¡Si no vendrá!*, inspirado en un asunto asaz sencillo y trivial, confirma nuestras apreciaciones. Resulta un cuadro en el que hay que observar, aparte de la poética intuición del artista, la corrección y elegancia del dibujo, la ejecución y el buen gusto en que se destaca la figura.

**¡Adiós!**, cuadro de Ernesto W. Appleby. — Asunto es éste que ha sido tratado diferentes veces por distinguidos artistas, como todos aquellos que expresan una situación de ánimo en que predomina la nota del sentimiento; pero por esta misma razón, por los muchos matices que un mismo sentimiento ofrece y por las muy varias impresiones que produce según sea el punto de vista en que el pintor se coloque, préstase á que cada artista pueda interpretarlo á su modo, hallando siempre en él ancho campo en que hacer gallarda muestra de inspiración y de talento. Tal acontece con el cuadro que reproducimos del celebrado pintor inglés Appleby, cuyas bellezas, así en la expresiva y profundamente sentida figura, como en el poético paisaje que le sirve de fondo, son tan patentes, que no hemos de esforzarnos en señalarlas.

**Reconocimiento de un vado.**—*¡Alto!*. — Paso de un río, cuadros de José Cusachs (Exposición París). — Difícil es representar asuntos ó tipos militares, puesto que no basta al artista poseer relevantes cualidades y aptitudes pictóricas, necesita conocimientos técnicos y haber vivido entre las agrupaciones armadas. De ahí que sea tan limitado en todos los países el número de pintores que cultivan con verdadero sentimiento el género militar. En el Sr. Cusachs concurren las dos circunstancias. Por eso halláanse avalorados sus lienzos por el sello de verdad que sabe imprimirles, cual acontece con los que reproducimos, recuerdos de la última campaña, en la que este militar artista hallaba medio y ocasión para recoger apuntes á la vez que mandaba una batería.

**Abandonada**, cuadro de G. Tyrann. — ¿Quién al contemplar la figura de esa joven no adivina la existencia de uno de esos dramas tan frecuentes que tienen por actores un hombre sin corazón y una niña tan enamorada como cándida, que se entregó confiada á impulsos de un amor no correspondido? Al mirarla casi se ven correr sus lágrimas á través del pañuelo con que cubre su rostro y se advierten los sollozos que levantan su pecho. ¿Qué mejor elogio cabe hacer del bellissimo cuadro de Tyrann, en el cual la parte técnica tan perfectamente ejecutada está á la misma altura que el concepto psíquico tan admirablemente expresado?

**Los defensores de Zaragoza (1809)**, cuadro de Mauricio Orange. — Representa este cuadro el momento en que los defensores de la inmortal ciudad, «agotadas sus fuerzas, no su valor,» (palabras textuales de un crítico francés al hablar de este cuadro) desfilan delante de las tropas del mariscal Lannes, arrojando al paso sus armas al pie de los vencedores. Muchos méritos tiene esta pintura, que ha producido verdadera sensación en el actual Salón de París: como composición es grandiosa, clara, bien dispuesta, eminentemente dramática, y en sus menores detalles revela el talento de su autor, y como cuadro histórico es exacto y demuestra cabal estudio del asunto. Para nosotros los españoles tiene otro mérito no pequeño, y es el de la justicia rendida por un francés á uno de los más gloriosos hechos de nuestra historia moderna: estamos tan poco acostumbrados á que en Francia se trate seriamente de las cosas de España, que no podemos menos de agradecer al genial pintor M. Orange que en su magnífica obra haya pintado á nuestros héroes tales como fueron y haya glorificado tan dignamente como se merecen á los heroicos defensores de la capital aragonesa.

**La fiesta en casa de los abuelos**, cuadro de Hugo Salmson. — Escenas como ésta, tomadas de la vida campestre, producen siempre en el ánimo grato deleite, sobre todo á los que viviendo en las ciudades podemos apreciar la diferencia entre nuestras costumbres, artificiosas las más de ellas, y las costumbres sencillas, tranquilas del campo, entre el bullicio y la fiebre de las urbes y la calma y placidez de las aldeas, entre la vida agitada de las grandes poblaciones y la existencia apacible de los campesinos, no preocupados por nuestros cuidados, ni aguijoneados por nuestras ambiciones, ni contaminados por nuestros vicios. Por eso nos encanta esa escena de familia tan bien estudiada y reproducida por el famoso pintor francés Hugo Salmson, cuyo cuadro ha sido uno de los más justamente admirados en el actual Salón del Campo de Marte, de París.

**La calle de Alcalá después de una corrida de toros**, cuadro de Francisco Maura (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). — El abigarrado contraste que presenta la calle de Alcalá de la coronada villa en los días en que tienen lugar las corridas de toros exigiría para describirlo la bien cortada pluma de Mesonero Romanos ó del malogrado Larra. Tipos, carruajes, todo ofrece un carácter especial, distintivo, que no tiene semejanza ni parecido en población alguna.

Maura, el distinguido pintor palmesano, inspiróse en el animado cuadro que en tal día ofrece la vía más animada de Madrid, produciendo una obra altamente recomendable que en nada desmerece del buen nombre alcanzado por el feliz autor del cuadro titulado *Sin labor*.

Nuestro grabado reproduce la última obra de nuestro amigo, que justamente llamó la atención de los aficionados é inteligentes en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada el próximo pasado año de 1892.

**Máquina de pintar en la Exposición de Chicago.**—Para preservar de la intemperie á los grandísimos edificios de madera de la Exposición colombiana era preciso darles una mano de pintura; pero como la aplicación del procedimiento del pincel hubiera sido en este caso en extremo difícil, apelóse á la máquina que reproducimos y que no es otra cosa que un colosal pulverizador que funciona por medio del aire comprimido. Catorce de estas máquinas funcionaron simultáneamente en la pintura de los edificios, y aunque cada una de ellas consume un cinco por ciento más de color que el procedimiento á mano, esta pérdida está compensada por la ventaja de que hace un trabajo veinte veces mayor con veinte veces menos de personal.

## ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

- ¿Es verdad?
- Me parece que salta á la vista.
- Quiero decir que si no te molesta el género de vida que os impongo.
- Me he acostumbrado tan bien y tan pronto á él, que no comprendo cómo teniendo libertad de elección puede escogerse otro.



Como por máquina, sin conciencia exacta de lo que hacía, examinaba Barincq el testamento...

- ¡Qué diferencia entre nuestra vida de hoy y la de hace algunos meses!
- Estableciendo esta comparación, me he preguntado muchas veces: Los pobres seres muy animosos, pero muy desdichados, que aceptaban aquella miseria ¿son realmente los mismos que habitan ahora este castillo?
- No pienses ahora en lo pasado.
- ¿Por qué no? ¿No es esta precisamente la mejor manera de estimar las dulzuras de que disfrutamos ahora? No es solamente ahora cuando estoy sentada, como en este momento, con esa vista incomparable ante los ojos, en medio de esta hermosa campiña, respirando un aire embalsamado, charlando libremente contigo, cuando yo siento todo el encanto de la vida dichosa que este golpe de fortuna nos ha proporcionado; también lo experimento cuando tranquila y aislada trabajo en algún estudio y comparo lo que hago ahora con lo que entonces hacía, y sobre todo cuando pienso en las condiciones en que lo hacía entonces, entre las luchas, las rivalidades, las intrigas, las calenturas del taller; si yo te hubiese contado entonces mis humillaciones, mis tristezas, mis días de rabia y de desesperación, ¡que desgraciado habrías sido!
- ¡Pobre niña!
- No te digo esto para que me compadezcas y menos ahora que ya ha pasado el tiempo de las lamentaciones; te lo digo solamente para que comprendas el punto de vista desde el cual contemplo la felicidad que debemos á la herencia de mi tío. Hago estas comparaciones por ti lo mismo que por mí, comparando el taller de Julián con lo presente y comparando también la *Oficina cosmopolita* donde tenías necesidad de sufrir las majaderías de Belmanieres y el orgullo del Sr. Chavertón. ¡Oh! ¡Si tuviésemos que volver tú á tu oficina, mamá á la calle de Abreuvoir, yo á mi taller!
- ¿Quieres callar?
- ¿Por qué? Nada hay de terrible en imaginar catástrofes que no pueden sobrevenirnos, y podemos burlarnos de ellas, me parece.
- Ciertamente.
- Aunque los trabajos que has emprendido no diesen todo lo que tú esperas de ellos.
- Sí lo darán y más aún de lo que yo he anunciado; la experiencia de lo que llevo obtenido es garantía segura de lo que obtendremos en pocos años.
- Y aun cuando nos quedásemos como hoy estamos, nada tenemos que temer de la fortuna; y espero con fiada que si me caso...
- ¡Cómo! ¿Si te casas?
- Espero con fiada que si me caso tomarás las precauciones necesarias para que yo no vuelva á verme en la miseria.
- Puedes estar tranquila.
- Lo estoy; y por eso precisamente me río de esas desventuras y de esas catástrofes puramente imaginarias y novelescas; en la desgracia gustan las novelas alegres que acaban bien; en la prosperidad gustan más las novelas tristes.

## IV.

Una tarde durante la cual charlaban de estas cosas el Sr. Barincq y su hija á la sombra de copudos árboles cuyas raíces humedecían las aguas del Gave, mientras en rededor de ellos diseminados según sus aficiones merendaban los trabajadores y en tanto que los bueyes uncidos ya á las carretas que habían de cargarse de heno hundían con avaricia sus hocicos entre las hierbas, vieron de lejos á Manuel que se dirigía hacia donde ellos estaban, acompañado por una persona á la cual de pronto no reconocieron.

- Ahí viene Manuel buscándote, dijo Anie.

- ¿Quién viene con él?

- Traje gris, hongo, eso no dice nada; sin embargo, el modo de andar se parece al del Sr. de Arjuzanx...; sí, es él indudablemente; ¡cuánto sentirá mamá, cuando vuelva, no haber estado en el castillo para recibirle!

Cuando el barón vió á Barincq y á su hija despidió al criado y se acercó solo. Anie se había levantado.

- ¿No te vas?

- ¿Por qué había de irme?

- Para que el barón no te sorprenda en ese traje.

- ¿Crees que si me cuidase yo de mi traje trabajaría con tus jornaleros?

Esparcidas por sus cabellos lo mismo que por su blusa de percal azul había infinidad de hojas de heno; Anie no se tomó el trabajo de sacudirlas.

Cuando entre el padre y la hija y el recién llegado se hubieron cruzado las usuales palabras de cumplido se sentaron los señores en la hierba.

- ¿Me perdonan ustedes que les haya molestado?, dijo el barón.

- Usted no nos ha molestado en lo más mínimo, contestó Barincq, ni los brazos de mi hija ni los míos son de absoluta necesidad para recoger y cargar el heno.

- Pero de todas maneras se ocupan en eso.

- Encuentro sumamente divertido, dijo Anie, jugar á las campesinas.

- ¿Le gusta á usted el campo, señorita?

- Le adoro.

Esta contestación encantó, al parecer, á Arjuzanx.

La conversación continuó, languideció después; el barón parecía preocupado, hasta podría decirse aturdido; de todas maneras no mostraba su aplomo y su desembarazo habituales; entonces Anie bajo pretexto de dar algunas órdenes se retiró y fué á reunirse con las trabajadoras, que habían vuelto á comenzar sus tareas.

Durante una hora larga vió Anie á su padre y el barón paseándose por la pradera; llegaban hasta los jardines, volvían después por el mismo camino, y como el terreno era completamente llano y no había en él ni el arbusto más pequeño, la joven podía seguir perfectamente los ademanes y los movimientos del barón y de su padre; los del barón eran animados, expresivos, hasta apasionados; los de su padre expresaban cierta reserva; evidentemente el uno hablaba y escuchaba el otro.

Muchas veces, cuando los veía venir ya de vuelta, creyó Anie que aquella larga conversación tocaba á su término y que el barón se acercaría á despedirse de ella; pero siempre Arjuzanx y el Sr. Barincq reanudaban su paseo y proseguían su animado diálogo.

Sin embargo y por fin ambos se dirigieron hacia Anie de manera que ésta no podía equivocarse; entonces la joven les salió al encuentro; efectivamente se trataba de la despedida.

Cuando el Sr. de Arjuzanx hubo desaparecido al extremo de la pradera, Barincq dijo á Anie que dejase su horquilla y le acompañase; pero únicamente cuando no hubo temor á oídos curiosos é indiscretos se decidió Barincq á hablar.

- ¿Sabes, dijo, lo que quería el barón?

- Hablarte de cosas serias si he de juzgar por la mímica.

- Me ha pedido tu mano.

- ¡Ah!

- ¿No me contestas más que eso?

- Como no puedo decirte que esta solicitud me sorprende mucho, ni que me alegra, ni que me disgusta, por eso digo ¡ah!, por decir algo.

- ¿El barón te desagrada?

- No; entonces su solicitud me habría entristecido.

- ¿Te gusta?

- No; entonces la solicitud me habría alegrado.

- ¿Pues entonces?

- Pues entonces, ¿quieres responder á mis preguntas en lugar de que yo conteste á las tuyas?

Barincq movió afirmativamente la cabeza.

- Ante todo, dime si habéis hablado de dote.

- Sí, hemos hablado.

- ¿Con qué dote cuenta el barón?

- No me lo ha preguntado.

- ¿Pero él cuenta con alguna?

- No creas que el barón quiere casarse contigo por la fortuna; es porque has producido en él profunda impresión; es porque te ama: estoy comunicándote sus palabras mismas.

- Reproduce también las relativas á la cuestión de dote.

- ¿Pero á qué viene esa desconfianza?

- A que no quiero casarme sino con un hombre que me ame y que no busque en nuestro casamiento un negocio. No quiero que mi fortuna me sirva para pagar un marido.

- Precisamente me parece que el barón es ese marido que tú deseas.

— Entonces repítame lo que habéis hablado.

— Si quieres vivir en el campo, su renta, que asciende á unos 40.000 francos, le permitirá asegurarte una existencia desahogada, ya que no opulenta y brillante. Pero si la vida del campo no te satisface será necesario que te constituyamos una dote, la que á nosotros nos parezca, que te permita hacer frente á los gastos de la vida parisiense durante tres meses ó seis ó el tiempo que tú misma fijes en tu presupuesto. Sobre este punto el barón se somete de ante mano á lo que tú resuelvas ó á lo que resolvamos nosotros. Y ahora te pregunto: ¿es este el lenguaje del hombre que busca un negocio?

En vez de contestar Anie continuó sus preguntas:

— Desde lejos os he observado en algunos instantes y he visto que el barón hablaba mucho y que tú escuchabas; sin embargo, tú también has hablado algo.

— Indudablemente.

— ¿Qué has dicho?

— Que era necesario consultarlo con tu madre y consultarlo también contigo.

— Supongo que eso le habrá parecido muy justo.

— Perfectamente justo. Sin embargo, el barón ha demostrado verdadero empeño, si no precisamente en obtener una contestación inmediata, en arreglar las cosas de manera que esa contestación sea motivada. Para esto desea el barón que de vez en cuando vayamos á pasar los domingos á Biarritz, donde le encontraremos como por casualidad y donde él y tú podréis trataros y conoceros. Solamente entonces, cuando os hayáis conocido, habrá llegado la ocasión de que tú respondas.

— ¿Y has aceptado esa proposición?

— Si hubiera dependido solamente de mí la habría aceptado porque me parece razonable; Biarritz es un terreno perfectamente neutral, en el que es fácil verse y hablarse sin que estas entrevistas, más ó menos casuales, comprometan á nada para lo porvenir; pero también en esto he pedido tiempo para consultaros á tu madre y á ti. Ya comprendes que yo no podía prometer que iríamos periódicamente á Biarritz, cuando era posible que desde las primeras palabras me hubieses dicho que el barón te era antipático.

— No me es antipático; y me inclinó á creer, como tú, que no es la dote lo que el barón busca en este casamiento.

— ¿Entonces?..

— Nada me parece mejor que eso de ir Biarritz los domingos; pero á condición de que ha de constar perfectamente que esto no me compromete á nada. Desde que hablamos del Sr. de Arjuzanx estoy haciendo examen de conciencia, y sólo siento hacia él la indiferencia más absoluta. ¿Cambiarán estos sentimientos, que ahora no están ni en su favor ni en contra suya, cuando yo le conozca mejor? Es posible; pero no lo sé con certeza.

— Dejemos obrar al tiempo.

## VII

Durante cuatro domingos consecutivos había visto Anie al barón en Biarritz; pero absolutamente en nada habían variado los sentimientos de la joven: Anie continuaba en la misma indiferencia con respecto á Arjuzanx, y cuando sus padres le preguntaban, su respuesta era idéntica siempre:

— Esperemos.

— ¿Qué te desagrada en el barón?

— Nada.

— ¿Pues entonces?

— ¿Por qué no me preguntas qué es lo que en el barón me agrada?

— Bueno; pues te lo pregunto.

— Y yo te contesto lo mismo: nada. En tal situación solamente puedo decir lo que digo: esperemos.

La señora de Barincq, que anhelaba lo que no es decible la realización de este casamiento y que veía en el barón un resumen de todas las buenas condiciones, se desesperaba oyendo esas contestaciones y decía repetidamente á su hija:

— ¿Crees que el esperar tanto puede ser agradable para ese pobre joven?

— ¿Y qué voy á hacerle? Si el esperar le disgusta, que se retire.

— Por lo menos ¿no te parece que el barón ha de sentirse mortificado de esa actitud tuya cuando del asunto hable con el capitán Sixto?

— Supongo que el barón no habrá elegido al capitán Sixto para confidente de sus proyectos; y si lo ha hecho así, tanto peor para él.

— ¿Aceptaría Anie como marido al barón ó no lo aceptaría? Esto era lo que el padre y la madre se preguntaban incesantemente; y como al uno lo mismo que al otro les agradaba sobre manera este casamiento, ambos adoptaron sus disposiciones para el día en que fuese necesario tratar la cuestión de intereses y fijar la dote.

Una vez que el barón tenía 40.000 francos de renta, deseaban que su hija aportase otro tanto; así correspondían al desinterés manifestado por el novio.

Pero si esos 40.000 francos podían ser pagados fácilmente por anualidades, esta facilidad solamente podía esperarse cuando las mejoras introducidas en la explotación de aquella finca produjesen todo lo que de ellas se esperaba; es decir, cuando las viñas arrancadas estuviesen transformadas completamente en prados, lo cual exigía cuando menos tres años; entretanto, ¿cómo y dónde hallar esos 40.000 francos?

Este era el problema que Barincq trataba de resolver buscando sin cesar qué partes de su hacienda podrían servirle de garantía para contratar un empréstito.

Cierta día en que el padre de Anie se consagraba en su despacho, que había sido también el de su hermano, á esas investigaciones, sacó los diferentes títulos de propiedad de las distintas parcelas de terreno que le pertenecían y comenzó á leerlos con detenimiento.

Como Barincq hubiese abierto completamente uno de los cajones, echó de ver un pliego de papel sellado que sin duda debió de resbalar y caer debajo del cajón. Tomó aquel papel, y reconociendo á primera vista la letra de su hermano comenzó á leerlo. En aquel pliego había escritas las líneas siguientes:

«Yo, el abajo firmado, Gastón Félix Manuel Barincq (de Saint-Christeau), domiciliado en el castillo de Saint-Christeau, ayuntamiento de Ourteau (Pirineos bajos), declaro que por este mi testamento, expresión de mi última voluntad, deseo dar y legar, como en efecto doy y lego al Sr. D. Valentín Sixto, teniente de dragones, actualmente de guarnición en Chambéry, la propiedad de todos los bienes muebles é inmuebles que me pertenecieren en el día y hora de mi fallecimiento. A este fin instituyo al ya mencionado Valentín Sixto mi heredero universal. Quiero y entiendo que en esta condición de heredero el repetido Valen-

tín Sixto se encargue de pagar á mi hermano Carlos Luis Barincq, residente en París, en el caso de que él me sobreviva, y á su hija Anie Barincq una renta anual de 6.000 francos, renta intransferible y no amortizable. Nombro albacea testamentario al Sr. Revenacq, notario de Ourteau y amigo mío, sin intervención judicial, y espero que dicho señor tendrá la bondad de tomar á su cargo esa tarea. Tal es mi testamento, cuya ejecución ordeno como manifestación de mis últimas voluntades.

»Fecho en Ourteau el lunes once de noviembre de mil ochocientos ochenta y cuatro. Después de su lectura firmo.

GASTÓN BARINCQ.»

Barincq había leído sin interrumpirse, sin respirar, palabra por palabra; pero desde las primeras, desde el momento mismo en que empezó á comprender, había visto obligado á dejar encima del pupitre el pliego de papel; de tal modo temblaba entre sus dedos. Aquel golpe le anonadaba por completo.

Después de algunos minutos Barincq volvió á empezar la lectura, si bien esta vez con más lentitud y mayor cuidado:

«Doy y lego al Sr. D. Valentín Sixto... la propiedad de todos los bienes muebles é inmuebles que me pertenecieren en el día y hora de mi fallecimiento.»

Evidentemente aquel testamento era el que su hermano Gastón había depositado en la notaría de Revenacq y el que poco tiempo después había recogido; decíalo así la fecha de una manera incontestable.

Sobre este punto no cabían dudas ni vacilaciones: en un instante determinado, el que señalaba la fecha de aquel documento, Gastón había querido que el capitán fuese su único heredero, y había dado forma á esa voluntad suya en aquel papel escrito de su puño y letra.

¿Pero quería lo mismo Gastón pocos meses después? en el mero hecho de retirar aquel testamento de la notaría, ¿no indicaba que había variado de intención?

Al recoger y retirar aquel documento Gastón se proponía indudablemente alguna cosa: ¿qué se proponía?

¿Suprimir el testamento? ¿Modificarlo?

Buscar algo fuera de estas dos hipótesis parecía inútil; era necesario fijarse en la una ó en la otra; pero ¿cuál de ellas tenía en favor suyo la verosimilitud, la razón, la justicia, y en fin, el conjunto de las diversas condiciones, de las cuales pudiera resultar un testimonio ó una prueba? Barincq no lo podía discernir en aquel momento, hallándose como se hallaba turbado, trastornado, completamente fuera de sí mismo.

Como por máquina, sin conciencia exacta de lo que hacía, examinaba Barincq el testamento y leía y tornaba á leer sus párrafos, como si la forma de aquellas letras ó el fondo de aquellas disposiciones pudieran señalarle el camino que debía seguir.

Pero á pesar de sus esfuerzos no lograba iluminar su espíritu, que saltaba de una idea á otra sin fijarse en ninguna y volviendo siempre al mismo punto de partida: ¿por qué Gastón después de haber entregado su testamento á Revenacq lo había recogido? ¿Y por qué después de haberlo recogido no lo había roto ó no lo había modificado?

A todo esto el tiempo corría sin que Barincq se percatase de ello, y la campana del castillo avisando para comer le sorprendió sin que hubiese encontrado una contestación á las preguntas que bullían y se agitaban en el cerebro de Barincq.

Era necesario bajar al comedor; el padre de Anie procuró dominarse y dar á su rostro apariencias de tranquilidad para que ni su hija ni su mujer conociesen la turbación de su ánimo, porque á pesar del desbarajuste y de la confusión que revolvían sus ideas, veía Barincq de un modo perfectamente claro que no debía hablar á su familia de aquello sin haber hallado una solución para el problema que se planteaba.

Guardó, pues, aquel documento en el cajón mismo donde lo había encontrado, si bien tomando la precaución de ocultarlo entre los folios de un acta notarial, y hecho esto se presentó en el comedor, donde su mujer y su hija estaban esperándolo, bastante sorprendidas con su tardanza; lo ordinario era efectivamente que el Sr. Barincq fuese el primero en sentarse á la mesa, tanto porque desde su instalación en Ourteau había recobrado el excelente apetito de los veinte años, cuanto porque las horas de las comidas eran para el anciano las más agradables de todo el día, las de la charla y la expansión en aquella intimidad de la dicha.

— Iba á subir para avisarte, dijo Anie.

— ¿No tienes apetito hoy?, preguntó la señora de Barincq.

— ¿Por qué no había de tenerlo?

— Esto es lo que te pregunto.

Precisamente por lo mismo que Barincq deseaba parecer tranquilo como todos los días, no cesó de delatar durante el almuerzo su turbación y sus preocupaciones.

— Indudablemente á ti te sucede algo, dijo la señora de Barincq.

— ¿De dónde sacas eso?

— ¿No es verdad Anie?, preguntó la madre, invocando, como hacía siempre, el testimonio de su hija.

Esta en lugar de responder señaló con una ojeada rápida á los criados que estaban sirviendo la mesa, y entonces la señora de Barincq comprendió que si su marido tenía efectivamente alguna preocupación, como ella sospechaba, no había de hablar de ello en presencia de los criados.

Pero cuando ya levantados los manteles fueron los tres á sentarse á la sombra de los árboles, donde todas las tardes acostumbraban á tomar el fresco, contemplando el espectáculo siempre nuevo de la puesta del sol con sus efectos de luz y de sombra sobre las cumbres de los lejanos montes, volvió la señora de Barincq á sus preguntas:

— Y ahora que nadie nos oye, ¿quieres hablar?

— ¿De qué?

— De lo que te preocupa y entristece.

— No me preocupa nada.

— Entonces ¿por qué no estás hoy como otros días?

— A mí me parece que estoy como siempre.

— Bueno, pues á mí me parece lo contrario; no has comido, y ha habido momentos en que te has quedado mirando á las musarañas y de una manera que quería decir algo. Cuando dos personas han vivido juntas durante más de veinte años, llegan á conocerse y cada una aprende á leer en los ojos de la otra. Esta

tarde cuando yo te miraba en la mesa he vuelto á notar en tu cara la misma expresión de inquietud que tenías con tanta frecuencia en los primeros años de nuestro matrimonio, cuando luchabas contra Sauval, sin saber si al otro día iba á aplastarte por completo.

— ¿Y piensas tú que voy á acordarme ahora de Sauval?

— No; pero no por eso deja de ser verdad que hoy he vuelto á ver en ti aquella expresión de angustia que demostraba tu rostro cuando te considerabas perdido y deseabas ocultarme tus temores. Por eso te pregunto: ¿qué tienes?

Barincq no podía ni quería contestar con franqueza; trató, pues, de eludir la contestación diciendo á su esposa:

— Si es que no has visto mal, será que la expresión de mi fisonomía engaña.

— Ya que no quieres responder, yo misma voy á decirte de dónde proceden tus cuidados; veremos si de este modo te decides á hablar: estás inquieto porque comprendes que tus reformas no dan lo que esperabas y tienes miedo de arruinarte. Hace mucho tiempo que yo lo sospechaba. ¿No es verdad?

— ¡Oh! Eso no.

— ¿No pierdes?

— No, ni mucho menos; los resultados que obtengo exceden con mucho á los que yo esperaba, y ahí están mis cuentas para probarlo. Estoy en los principios; puedo sin embargo demostrar hasta la evidencia que las ganancias prometidas por mí, esto es, un ingreso de trescientos mil francos anuales será obtenido fácilmente el día en que todos los prados estén en explotación. Lo que he conseguido hasta hoy lo prueba de una manera incontestable y sin duda posible; con números tan claros como la luz del sol; no en teoría, sino prácticamente. Para esto me bastarían tres años... si yo los tuviese.

— ¿Cómo si tú los tuvieses?, gritó la señora de Barincq.

Su esposo pretendió corregir, explicar al menos aquellas palabras imprudentes que se le habían escapado, y contestó afectando indiferencia:

— ¿Quién está seguro del día de mañana?

— ¿Te sientes enfermo?, preguntó la señora de Barincq. ¿Qué tienes? ¿Qué te duele? ¿Por qué no has llamado al médico?

— No me duele nada; no estoy enfermo.

— Entonces ¿por qué estás inquieto? La enfermedad más grave de todas es la aprensión. ¡Está bien eso!: nos haces vivir en el campo porque en él te propones hallar la tranquilidad y la salud y vivir vida razonable, como tú dices, y apenas nos hemos instalado aquí cádate mortificado, sombrío, fuera de ti mismo bajo la influencia de preocupaciones y de inquietudes que no quieres ó que no puedes explicar. Desde que estamos casados has hecho que yo me familiarice, por desgracia nuestra, con esos aspectos de desesperación; pero antes, por lo menos, los comprendía yo y me asociaba á tus penas cuando luchabas contra Sauval ó cuando padecías bajo la dependencia de Chavertón, sin que me fuese posible enojarme contigo porque no estuvieras alegre; si entonces te hubiese dirigido cargos habrías tenido el derecho de hablarme de tus inquietudes para el día siguiente. Pero ahora, cuando reconoces y confiesas tú mismo que tus negocios están en camino excelente; cuando nos hemos desembarazado de todas nuestras contrariedades, de todas nuestras humillaciones; cuando hemos recobrado nuestra posición; cuando nada tenemos que hacer sino dejar que se deslice nuestra existencia; cuando lo presente es tranquilo y lo porvenir está asegurado; cuando, por último, debíamos limitarnos á gozar dichosos los favores de la fortuna, me parece verdaderamente absurdo afligirse sin razón alguna..., solamente porque nadie está seguro del día de mañana. Pues si nosotros no lo estamos, ¿quién podrá estarlo? Solamente hay una manera de comprometer el porvenir, precisamente la que tú has escogido: ponerte enfermo. ¿Qué sería de nosotras si tú nos faltases? ¿A qué se reducirían tus negocios y tus reformas? Eso sería una verdadera ruina. Y yo, demasiado lo sabes, no tendría fuerzas para sobrellevar este último golpe. No me forjo ilusiones con respecto á mí misma: soy una pobre mujer muy gastada por los dolores, por las penalidades de la existencia, por la constante protesta contra las injusticias de la suerte, de las cuales durante tanto tiempo hemos sido víctimas. No podría yo resistir nuevos sacudimientos. Mientras las cosas vayan bien, bien iré yo. El día en que el carro se tuerza no tendré ni resistencia ni valor para nuevos combates. Procura, pues, no atormentarme, atormentándote á ti mismo, mucho menos hoy que no existe razón alguna para ello.

El Sr. Barincq repitió lo que había dicho: no se consideraba ni se creía enfermo, tenía la certeza de no estarlo. Todo lo más se encontraba con alguna agitación nerviosa que le impedía dormir tranquilamente.

Barincq, sin embargo y después de haber tranquilizado como pudo á su familia, comenzó á pensar con más calma en su situación. Si bajo la impresión de la sorpresa no había podido adoptar una resolución relativamente al testamento por casualidad encontrado, era necesario de toda necesidad que la adoptase, pues no podía permanecer indefinidamente en aquella indecisión tan ruin como cobarde.

Más de uno en su lugar se habría desembarazado sin duda de molestas cavilaciones de un modo tan sencillo como eficaz: nadie conocía la existencia de aquel testamento; ni un solo testigo había presenciado su hallazgo; todo el mundo se había acostumbrado ya á ver al natural heredero en posesión de su fortuna: una cerilla, un poco de humo, un montoncillo de ceniza y todo habría concluído; nadie sabría nunca que el capitán Sixto había sido el heredero de Gastón.

Nadie, exceptuando á quien quemase aquel papel: esto bastaba para que Barincq no admitiese medio tan fácil y sencillo, si no provenía de mano que no fuese la suya.

En sus numerosos pleitos había visto Barincq á su adversario utilizar, siempre que era posible, malas armas y procedimientos desleales; había visto también que luchaban y aun le vencían empleando el fraude, el engaño, la mentira, los documentos falsificados ó suprimidos; nunca se había prestado Barincq á descender hasta ese terreno, por eso se había arruinado; si había perdido su fortuna, su honor quedaba immaculado; y durante veinte años el testimonio de su conciencia le había sostenido: era, en efecto, un mal comerciante, pero un hombre honrado.

Y el hombre que había sido honrado, que quería serlo siempre, no podía reducir á cenizas aquel testamento sino en el caso de adquirir el convencimiento de que su hermano lo había recogido de la notaría de Revenacq porque la declaración en él contenida no expresaba ya sus últimas voluntades.

Cuando se dice testamento se dice también acta de la voluntad última, y es esto de tal modo, que ambas frases son sinónimas en el lenguaje usual: era in-

contestable, y sobre esto no podía haber duda, que en un momento determinado Gastón había querido que el capitán fuese su heredero; pero ¿quería lo mismo aún poco tiempo antes de morir?

En esto estribaba la dificultad del problema; si Gastón no había variado de modo de pensar, aquel testamento traducía con exactitud su última voluntad y era necesario cumplirlo; si por el contrario, Gastón había mudado de parecer, aquel testamento perdía toda su importancia y se reducía á un pedazo de papel inútil que se arroja al cesto, donde permanece como letra muerta sin que ninguna casualidad pueda devolverle la vida.

Si aquel testamento se hubiera descubierto al inventariar los papeles de Gastón, entre los cuales se le había colocado desde un principio, esta duda acerca de las intenciones del testador no hubiera surgido en el espíritu de Barincq: se encontraba un testamento, y todo inducía á presumir que expresaba la voluntad de su autor, lo mismo en la fecha del 11 de noviembre de 1884 que en el instante de su muerte, toda vez que ninguna otra disposición destruía ni modificaba la primera: el 11 de noviembre había querido Gastón que el capitán le heredase, y al morir continuaba queriendo lo mismo.

Pero las cosas habían ocurrido de diferente modo, y siendo la situación completamente distinta no le eran aplicables en manera alguna los indicios que en aquel razonamiento se fundaban.

Aquel testamento otorgado en la fecha del 11 de noviembre, cuando Gastón tenía— era necesario admitirlo así— excelentes razones para preferir á su familia un extraño y escogerle como heredero universal, había sido depositado en casa de Revenacq, donde permaneció muchos años; después, en determinado día, aquel depósito había sido recogido, sin duda por razones excelentes también, pues nadie retira su testamento á un notario en quien tiene confianza— y Gastón la tenía completa en Revenacq— para nada, ó para tener el gusto de volver á leerlo.

Si era lógico suponer que las excelentes razones en virtud de las cuales había sido otorgado el testamento del 11 de noviembre se fundaban en la convicción que Gastón abrigaba indudablemente en aquella época de que el capitán era su hijo, ¿no era igualmente lógico admitir que las razones, no menos buenas, que transcurridos algunos años le habían hecho recoger aquel testamento se fundaban en graves dudas relativamente á esa paternidad?

En la lucidez del insomnio todo lo que Revenacq le había dicho el día del entierro y después todas las palabras que durante la operación del inventario se habían cruzado entre el notario, el juez municipal y el escribano, se reprodujeron con claridad y precisión para probar la existencia de aquellas dudas y demostrar que al recoger el testamento había la intención de destruirlo.

¿No eran significativos aquellos pesares que habían amargado los últimos años de Gastón? ¿No lo eran también sus inquietudes constantes, sus recelos observados por Revenacq? A juicio del notario no habían existido en el asunto vacilaciones; los pesares y las inquietudes que, según sus expresiones mismas, «habían envenenado el fin de su existencia» provenían de las dudas de Gastón sobre si era él ó no lo era padre del capitán. Si para casi todo el mundo su paternidad era indiscutible, no lo era para él; buena prueba era de esto el que no hubiese reconocido ni dado su nombre al que le presentaban como hijo suyo y nunca había aceptado como tal.

Indudablemente Gastón había pasado por muy diferentes situaciones de ánimo; fluctuando constantemente entre dos extremos; creyendo un día en su paternidad, no creyendo en ella al día siguiente; sintiéndose á pesar de todo atraí-



A las nueve se apeaba del caballo para entrar en casa de Revenacq

do por corrientes de cariño y de simpatía hacia aquel niño educado por él y que poseía realmente prendas personales nada comunes, que le hacían digno de ser amado aunque se prescindiese de todo sentimiento paternal.

Partiendo de este punto de vista, era facilísimo seguir con la imaginación el curso de los sucesos y las fases por que los sentimientos de Gastón habían pasado.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS DAHOMEYANOS EN EL CAMPO DE MARTE, DE PARÍS

Nadie ignora la existencia del Dahomey, pero pocos tienen en Europa idea exacta de esa región africana. Después de los brillantes hechos de armas de las tropas francesas en aquel país, la llegada á la capital de Francia de caravanas dahomeyanas que vienen directamente de su patria y que, por ende, se presentan á los europeos en su verdadero aspecto y con sus primitivas costumbres, tendrá la ventaja de dar á conocer perfectamente los vencidos á sus vencedores. Entre esas caravanas una de las más numerosas y mejor representadas es indudablemente la que actualmente tiene sentados sus reales en el palacio de Artes liberales del Campo de Marte.

Varios son los pueblos que habitan el Dahomey y todos tienen su representación en el citado palacio. Por el lado de Togo, al Oeste, los minas tienen por centro Gran-Popo; en el Este, en el reino de Porto Novo se encuentran los nagos; el interior está habitado por los dahomeyanos propiamente dichos, que se extienden hasta la costa y llegan á Whydah, el principal puerto del territorio, y finalmente en las montañas viven los mahis. Los dahomeyanos se han puesto

interior del Africa hacia el Océano Atlántico y en virtud de la cual del interior han llegado al Senegal los ulofs y en el Congo francés los pahuinos reemplazan poco á poco á las razas del litoral.

Desde el punto de vista antropológico, actualmente no se distinguen aún los negros de la costa de los del interior, ó los minas de los nagos y los dahomeyanos de los mahis. De todos ellos haremos un solo retrato, por más que los tratantes europeos los reconozcan muy bien unos de otros por su fisonomía. Los hombres son por lo regular de hermosa estatura y de musculatura soberbia, como acontece en todas las razas poco civilizadas en las cuales los enfermizos y entecos desaparecen sin dejar descendencia: sus proporciones son admirables, sus espaldas anchas, su talle delgado y sus extremidades bastante finas. De aquí la admiración que sienten los viajeros por esas bellas estatuas de bronce. Sin embargo, tienen algunos defectos: así por ejemplo, el antebrazo es más largo que en la raza blanca, como sucede á todos los negros,

y las pantorrillas son pequeñas y muy elevadas. En cuanto á la cabeza, tiene el tipo negro muy pronunciado, el mismo que en otro tiempo se atribuía á todos los negros, por más que los del Congo tengan un aspecto que los aproxime más al europeo: frente deprimida, nariz chata, labios gruesos, cara marcadamente prognata, ángulo facial de 75 grados y pómulos salientes. Cuando se ríen enseñan unos dientes largos y prominentes, de los cuales se cortan en bisel los incisivos medios superiores dejando entre ellos el espacio de un diente.

La risa anima á menudo su rostro bestial, pero bondadoso, dotado de esa movilidad de expresión que caracteriza á los pueblos jóvenes y á los niños: en su cara no hay más pelos que unos pocos, rizados y cortos, en la barba.

Su cabeza es dolicocefala, es decir, prolongada en el sentido antero-posterior (75°): la capacidad craneal es por término medio mayor que la nuestra, lo cual se explica teniendo en cuenta la estatura y la fuerza de estos hombres. Este hecho podía causar cierta sorpresa cuando se creía que la inteligencia estaba en razón directa del peso del cerebro; pero hoy se sabe que aquella cualidad no depende sólo de este factor, sino que también del número y profundidad de los pliegues cerebrales.

La piel no es en todos los individuos de un hermoso negro de ébano, sino que varía desde el negro rojizo al amarillento y al negro obscuro, y esta variación no es debida á diferencia de localidad, sino que todos esos matices pueden observarse en los habitantes de una misma aldea.

En ningún pueblo existe uniformidad en el color de la piel: en las Indias y en una misma raza se encuentran individuos apenas morenos, como los italianos, y otros negros, como el nubiano.

Las mujeres son graciosas, pero se marchitan muy pronto; en su juventud las hay que son bastante agraciadas con su fisonomía dulce, tímida y alegre (fig. 1).

Estos pueblos cuidan mucho de sus personas; las abluciones son cotidianas y las mujeres coquetas peinan sus cabellos lanosos y crespos de modo que queden al descubierto la frente, las sienes y la nuca: las mujeres se hacen con ellos un moño y los hombres de alta categoría se confeccionan un peinado complicado que consiste en rayas múltiples que parten de la circunferencia de la cabeza y van á

parar al vértice: así se presentan los ministros ó *laris* del rey Toffa, pero debe tenerse en cuenta que esos funcionarios no se parecen por sus atribuciones á los



Fig. 1. Mujeres dahomeyanas exhibidas en el Campo de Marte, de París (de fotografía)

en contacto con los europeos por Whydah, en donde los portugueses construyeron ya en el siglo xv un fuerte, en el que dejaron algunos representantes: éstos se juntaron con los negros, y así se oye hoy llamar con los nombres de Souza, Almeida, Andrade y Albuquerque á algunos individuos del tipo negroide. Una de estas familias, la de los Souza, estaba bien considerada por el rey dahomeyano, el cual le dió el título de *cha-cha* y la encargó de la percepción de los derechos de aduana, de arreglar las diferencias que surgieran con los europeos y de vigilar á éstos.

Estas naciones minas, nagos, dahomeyanos y mahis hablan idiomas ligeramente diferentes uno de otro, como el provenzal del francés, y son entre sí enemigas: todas, sin embargo, pertenecen á la misma raza, euea, que tiene muchos puntos de semejanza con las razas ashanti, fanti y yoruba, sus vecinas. La raza euea procede del interior y ha obedecido á la ley general que empuja actualmente á los pueblos del



Fig. 2. Músicos dahomeyanos en el Campo de Marte, de París (de fotografía)

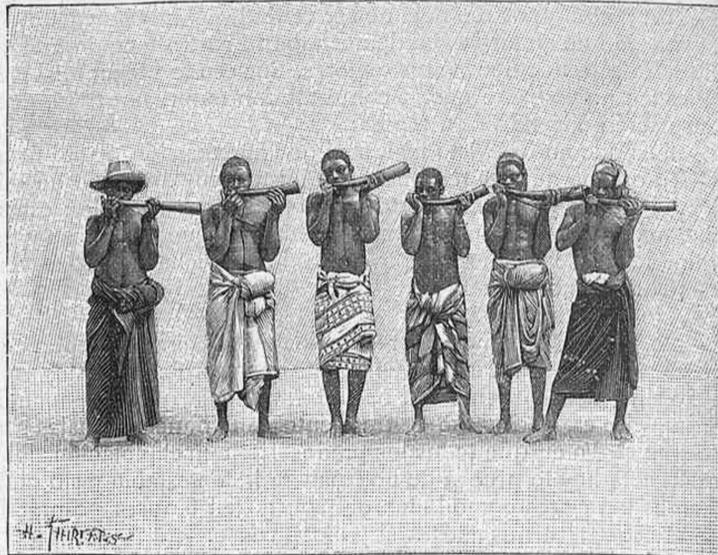


Fig. 3. Las tropas guerreras de los dahomeyanos del Campo de Marte, de París (de fotografía)

ministros europeos, sino que son simplemente servidores, guardias municipales, intermediarios entre los indígenas y los mercaderes extranjeros.

El traje que los dahomeyanos usan en su país consiste en una pieza de tela arrollada á la cintura y entre las mujeres debajo de los pechos, excepto las casadas, que se los tapan. Las gentes de alto rango llevan sombrero.

Los rasgos dominantes en los dahomeyanos son la incuria y la pereza, pasando días enteros en fumar y jugar á los dados. Tienen gran pasión por la música y el baile: sus danzas consisten simplemente en balanceos laterales acompañados de movimientos de cabeza y brazos siempre repetidos; las danzas guerreras son un conjunto de movimientos epileptiformes, gritos salvajes, actitudes de lucha y mímica de decapitación del enemigo vencido.

Su música es monótona y la base de ella son los tam-tam ó nagos (fig. 2) reforzados por el instrumento de los mahis, calabaza hueca rodeada de una red

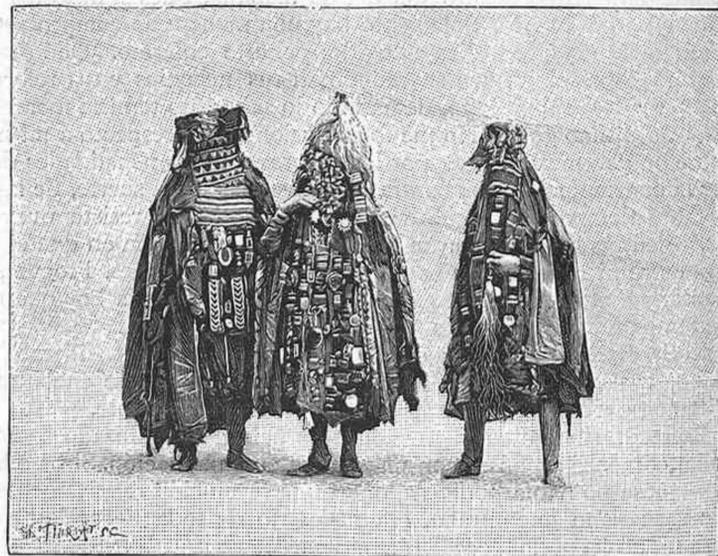


Fig. 4. Feticheros dahomeyanos en el Campo de Marte, de París (de fotografía)

de cordeles con muchas vértebras que agitadas violentamente golpean la calabaza, y por cascabeles de hierro que los músicos golpean con un palo. De cuando en cuando suenan el enorme tam-tam de guerra, que un hombre solo apenas puede llevar, y formidables tropas de guerra hechas con colmillos de elefante (figura 3).

Los dahomeyanos son fetichistas y en extremo supersticiosos: adoran lo mismo lo animado que lo inanimado. Tienen gran veneración por los árboles fetiches y las serpientes. Los que actualmente se encuentran en París sacrifican todos los días gallinas y ofrecen granos á unas informes estatuas de madera. Los feticheros tienen en aquel pueblo gran importancia: cubiertos de telas encarnadas, azules y verdes (fig. 4), ejercen la profesión lucrativa de brujo y en ellos tienen absoluta fe los indígenas: sus reuniones no son otra cosa que bacanales para bailar y emborracharse. Abundan también en el país los musulmanes.

(De La Nature)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION  
POR AUTORES Ó EDITORES

EL PALLÁS, ARÁN Y ANDORRA, por J. Avilés Arnau. — Basta nombrar esas tres comarcas para comprender el interés que ha de ofrecer la descripción de un viaje por esos sitios tan pintorescos como poco conocidos; y el interés sube de punto cuando la descripción está hecha en forma tan amena y completa como la que ha sabido darle el distinguido publicista señor Avilés Arnau, cuyo libro contiene cuantos datos puedan convenir al turista, expuestos de una manera tan agradable que su lectura ha de cautivar aun á los menos aficionados á excursiones. Elegantemente editado por los Sres. Pons y Compañía, de esta ciudad, véndese el libro al precio de 2 pesetas.

ROSA DEL VALLE, por Modesto Hernández Villaescusa. — No es desconocido para nuestros lectores el nombre del señor Hernández Villaescusa, de cuyos libros *Recaredo y la unidad católica* y *La tórtola herida* nos ocupamos oportunamente. La última producción de ese distinguido escritor es la novela *Rosa del Valle*, de argumento interesante, acción bien sostenida y elegante y castizo lenguaje. Forma un tomo de cerca de 400 páginas y se vende al precio de 2 pesetas en la librería *La Hormiga de Oro*, Rambla de Santa Mónica, 10.

CAPS Y TREVAS, per Joan Pons y Massaveu. — La *Biblioteca Popular Catalana* ha repartido el tercer tomo, que es una colección de bellísimos cuadros de costumbres, del distinguido es-

critor Sr. Pons y Massaveu, en los cuales se admira estudio acabado y perfecto del natural, profundo espíritu de observación y lenguaje sencillo y apropiado á cada asunto, unas veces con chistes que hacen prorrumpir en carcajadas, otras con frases y pensamientos que casi arrancan lágrimas. Véndese en las principales librerías á 50 céntimos de peseta.

INFORME SOBRE EL AGUA DE LA QUEBRADA VERDE, por A. E. Salazar y Q. Newman. — Los directores del Laboratorio Naval de Valparaíso han presentado al intendente de aquella ciudad este informe en que se analizan las aguas del estanque de Monte Alegre, demostrando la existencia en ellas del bacilo tífico cuando la epidemia tifoidea hizo estragos en los barrios que de aquel agua se surten. Los Sres. Salazar y Newman son autores de la notable obra *Examen de las aguas botables*, de que hace algún tiempo nos ocupamos.

SET CONTALLAS DEL TEMPS VELL, por D. Teodoro Creus. — Así se titula la colección de leyendas reunidas en un volumen, artísticamente ilustrado é impreso en Villanueva y Geltrú, que acaba de publicar, precedido de una carta prólogo del Excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer, el erudito académico de la Historia D. Teodoro Creus y Corominas. Siete leyendas, inspiradas en tradiciones de nuestra región, han bastado al señor Creus, no sólo para dar muestra de sus constantes estudios históricos, sino también para revelarse como verdadero poeta, genuinamente catalán, persiguiendo levantados ideales y nobles propósitos. *El juicio del Moro*, *La fundación de Villanueva* y *Geribert lo excomunicat* distingüense por su vigor y galanura,

así como por la concienzuda exposición de hechos y acontecimientos que aportan interesantes antecedentes históricos, embellecidos por su poética forma.

PRO PATRIA. — Con este título ha comenzado á publicarse en esta ciudad una revista mensual cuyo primer número contiene notables trabajos de Balaguer, Mistral, Millien, Castelar, Fastenrath, Coroleu, Feliu y Codina, Apeles Mestres, Colombina, Bonaventura, Güell y Mercader, Balsa de la Vega y Monszkonki y un Memorándum con interesantes noticias literarias, teatrales, bibliográficas, etc., formando también parte de la misma el número 1.º de la segunda época del boletín de la Biblioteca Museo Balaguer. *Pro patria*, cuyo director es nuestro querido compañero de redacción D. Antonio García Llansó, se publica en cuadernos de 64 páginas, que irán ilustradas cuando lo exija la índole de los trabajos que en ella se inserten: suscríbese en las principales librerías y en la Administración (Aribau, 30, Barcelona) al precio de 12 pesetas al año, 6 semestre y 3 trimestre para la península, y 20 al año y 10 semestre para Ultramar y el extranjero. Número suelto, 1'50 pesetas. Los productos de esta revista se destinan al fomento de la Biblioteca Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

NOVELAS GRIEGAS. — NARRACIONES AMERICANAS. — Bajo la dirección de D. Antonio Rubió y Lluch han comenzado á publicar los editores de ésta, Durán y Compañía, una Biblioteca Universal Ilustrada cuyos dos primeros tomos son una colección de interesantes novelas griegas de Vizyenos, Bikelas, Eftalotis, Palamas y Drosinis, muy bien traducidas por el señor Rubió, y otra de bonitas narraciones americanas de los dis-

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

# PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIÖRE DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PUREZA DEL CUTIS**  
en Paris  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEPÉLICA**  
para ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPUILLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES  
y conserva el cutis limpio y terso  
LAVESSE & Co  
24, Boulevard de Sévres

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la omision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICION ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**ICOR LAVILLE GOTA**  
del Dr. LAVILLE REUMATISMOS  
Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.  
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS  
VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Jarabe de Digital de LABELONYE**  
Empleado con el mejor éxito  
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN**  
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**MEDICACION TÓNICA**  
**PILDORAS y JARABE DE BLANCARD**  
Con ioduro de Hierro inalterable  
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMO ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS etc., etc.  
Exigirse la firma y el sello de garantia.  
PARIS 40, rue Bonaparte, 40

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
CARNÉ, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

**VELOUTINE FAY** POLVO DE ARROZ EXTRA  
El mejor y mas célebre polvo de tocador  
preparado con bismuto  
por Ch. Fay, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

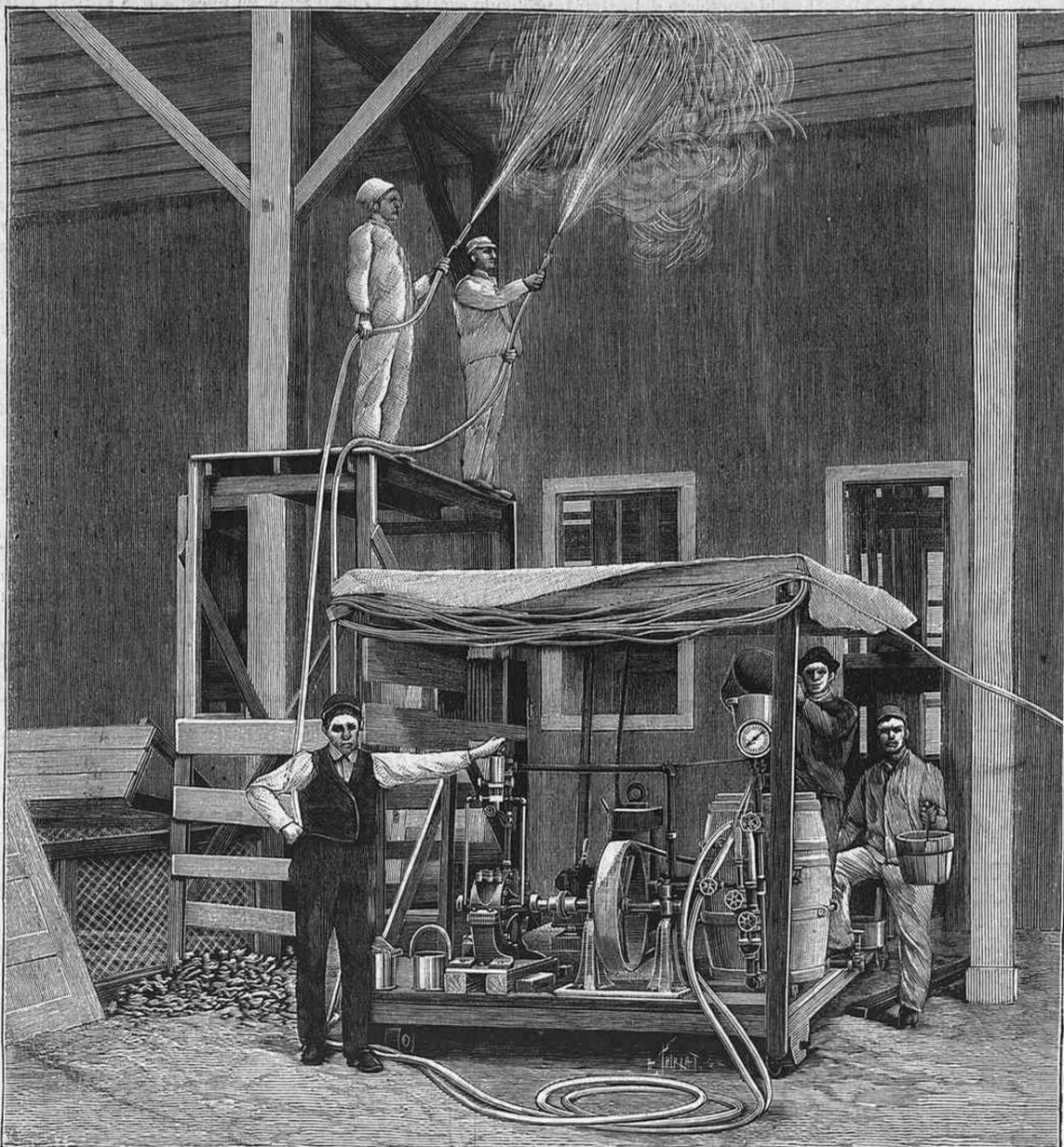
tinguidos escritores americanos Argüelles, Fernández Guardia, Palma, Caicedo, Vázquez, Posada y Fernández Medina. Ambos libros están ilustrados el primero por Llimona y el segundo por Utrillo y se venden al precio de una peseta cada uno en la librería de Arturo Simón, Rambla de Cañalelas, 5. La Biblioteca reparte trimestralmente á los suscriptores una fotocromotipia de gran tamaño: la primera repartida es la reproducción *La tarde del domingo*, de Baixeras.

LA ESPAÑA MODERNA. - El número últimamente recibido de esta importante revista que publica en Madrid el Sr. Lázaro contiene notabilísimos trabajos de Tolstoy, Caro, Claretie, Sofía Gay, Richepin, Moutón, Tarde, Lombroso, Fernández Duro, Castelar y Villegas.

LO DEBER, drama en un acto y en verso de *Simón Alsina y Clos*. - Esta producción ha sido recientemente estrenada en el teatro Romea, de esta ciudad, siendo recibida con aplauso. Se vende al precio de 50 céntimos de peseta.

DOS HECHOS DE LA HISTORIA DE PÉNIAMO, por C. *Francisco Rodríguez Gallaga*. - Estos dos hechos se refieren uno á la revolución de Ayutla y otro á la guerra de los tres años, y en ambos tomó parte activa el autor del folleto, que es profesor de Geografía é Historia en la Escuela normal de señoritas del Estado de Guanajuato (México).

THEARA, drama en cinco actos de D. *Manuel Lorenzo d' Ayot*. - El director de la «Biblio-



Una máquina de pintar de la Exposición de Chicago

teca literaria» que se publica en Madrid ha repartido á los suscriptores de ésta un drama original suyo en que se plantea un difícil problema social. Véndese al precio de una peseta.

MEMORIA presentada por los confinados del penal de Granada en apoyo y solicitud de la reforma del Código penal. - Es este un folleto en el cual se estudian varios problemas de la legislación penal, como el abono de la prisión preventiva, la proporcionalidad entre la pena y las consecuencias del delito, la reincidencia y otras no menos interesantes, y se hacen multitud de observaciones para demostrar la necesidad de reformar el Código penal. Es un folleto que merece ser leído por los que á estudios jurídicos se dedican y meditado por los que en el poder pueden remediar los males que en él se señalan.

EL CANTO DEL CISNE, por el conde *León Tolstoy*. - UN IDILIO DURANTE EL SITIO, por *Francisco Copée*. - La *Colección de libros escogidos* que publica en Madrid el Sr. Lázaro ha puesto á la venta estas dos obras á cual más interesantes por su argumento y cuya mejor garantía de bondad son los nombres de sus autores: el novelista ruso, de fama universal, y el no menos célebre poeta francés, de cuya pluma han brotado las incomparables *Intimidades* y tantas otras joyas de la moderna literatura. A *Un idilio* precede un hermoso estudio biográfico y crítico de Copée, escrito por Julio Claretie; á *El canto del cisne*, un estudio del célebre crítico inglés *Mateo Arnold* sobre la novela contemporánea. Cada una de estas obras se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

## Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

## al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

## VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.<sup>o</sup> FRANCK



Querido enfermo. - Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. - Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

## PAPEL WLINSKI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

## ENFERMEDADES del ESTOMAGO

## Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D.<sup>o</sup> CORVISART. EN 1856  
Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
DISPEPSIAS  
GASTRITIS - GASTRALOJIAS  
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
FALTA DE APETITO  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT  
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT  
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

## Las Personas que conocen las PILDORAS DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS  
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. - La caja: 1fr. 80.

## JARABE DEL DR. FORGET

contra los Reumas, Tos, Crisis nerviosas é Insomnios. - El JARABE FORGET es un calmante célebre, conocido desde 30 años. - En las farmacias y 28, rue Bergère, Paris (antiguamente 36, rue Vivienne).

## APIOL de los D.<sup>os</sup> JORET & HOMOLLE

El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D.<sup>os</sup> JORET & HOMOLLE.

MEDALLAS Exp.<sup>o</sup> Univ.<sup>o</sup> LONDRES 1862 - PARIS 1889  
Far.<sup>o</sup> BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

## CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

## VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD